

BOLETÍN

DE LA

SOCIEDAD GEOGRÁFICA DE MADRID.

Excmo. Sr. Presidente del Consejo de Ministros:

La Sociedad Geográfica de Madrid, que por obligación reglamentaria, estrictamente obedecida, dedica con preferencia sus estudios á las posesiones españolas; que para llevar esta obligación á la práctica, en cuanto de su parte estuviere, se ha dirigido en ocasiones solemnes al Gobierno de S. M. para llamar su atención sobre cuestiones de grande interés nacional, lo hace hoy de nuevo á V. E. bajo la impresión dolorosa de un agravio inferido á España, en los momentos en que grandes tristezas empañan su hermoso cielo, por una nación de cuya amistad teníamos derecho á exigir más leal conducta.

La intrusión de Alemania en la Micronesia española, cuando nuestro Gobierno se disponía á extender su acción sobre los nuevos puntos que las necesidades de la época y el crecimiento del comercio universal reclaman, es tan incalificable por lo cautelosa como por lo injusta.

De sobra se conocen nuestros derechos sobre aquellas islas, desde la toma de posesión por Legazpi en 1565 de Miadi, en el llamado ahora archipiélago de Marshall, y de las Ulevi por Saavedra en 1526, hasta los más recientes actos de soberanía allí por España ejercidos; ni es preciso enumerarlos, ni reco-

nocemos á nadie como juez abonado para dar sentencia acerca de su legitimidad.

Plena confianza tiene esta Sociedad en el Gobierno, símbolo de la Patria, y está segura, por tanto, de que, siendo españoles los hombres que lo forman, nunca han de olvidar que á España ni le arredra el peligro en los trances más angustiosos, ni debe ser tenido en poco su justo enojo, como lo han aprendido los extranjeros en repetidas lecciones, y como nos han enseñado nuestros padres con su glorioso ejemplo. Sí: el Gobierno cumplirá su deber; á su lado tiene la nación entera, que exige inquebrantable firmeza sin baladronadas, y discreta prudencia sin indebidas ó humildes concesiones. La reparación del agravio ha de ser tan completa como lo pide la dignidad española. La alucinación de la soberbia ha podido hacer que se olvide lo que España vale, cuando de mancillar su honra se trata, y es preciso recordar al engreído con su poder que no siempre la fuerza consigue hollar con su inicua planta el derecho, cuando este lo sostiene una heroica nación.

Pero la Sociedad Geográfica de Madrid, que sigue atentamente los pasos del extranjero y observa sus exploraciones, á las veces más preñadas de miras políticas que guiadas por el amor á las ciencias naturales, ha de prevenir á V. E. en esta ocasión, recordándole, que pudo el alemán asestar el arma, dirigiendo la puntería á las Carolinas, para dar luego en el blanco de Fernando Póo, y, lo que es más peligroso, de Mindanao, á través de premeditadas y sucesivas complicaciones: que ya se perciben, há tiempo, susurros de ciertas dudas que aparentan abrigar sobre la completa ocupación de esta isla importantísima por fuerzas españolas, dudas que gráficamente estampan los mapas alemanes modernos, dejando sin cubrir con el color de España ciertas porciones de sus costas, cometiendo con ello insigne falsedad y notoria injusticia: que es absolutamente indispensable multiplicar allí los puestos militares y extender nuestra vigilancia al Mediodía y al Oriente, para no dar el más ligero pretexto á la ambición del poderoso, ni dejar el más leve resquicio á la hipócrita duda del artero diplomático.

Estas ideas expone á V. E. la Sociedad Geográfica de Madrid, y en su nombre la Junta Directiva.

Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid 2 de Setiembre de 1885.

El Secretario general,
MARTÍN FERREIRO.

El Presidente,
P. A.
El Vicepresidente,
CESÁREO FERNÁNDEZ-DURO.



NOTICIAS SOBRE LA CONFERENCIA DE BERLIN.

DISCURSO

PRONUNCIADO POR

D. FRANCISCO COELLO,

EN LA SESIÓN ORDINARIA DEL 9 DE JUNIO DE 1885.

Señores: siempre he tomado con temor la palabra en este sitio, pero hoy es mucho mayor el que experimento; tengo la seguridad de que he de defraudar todas vuestras esperanzas, y me hallo cohibido por la necesidad de presentaros mis impresiones sobre la Conferencia de Berlin, callando aquello que no debo comunicar por la posición oficial que he tenido en ella: siento, sobre todo, no daros cuenta de lo que tendría indudablemente más interés para vosotros y para todos los españoles, pero que me es imposible descubrir ni comentar en el estado actual del asunto. Aún así, estoy seguro de que no faltará quien censure que os dé á conocer algunos detalles y los juicios que he formado sobre las resoluciones adoptadas.

La Conferencia de Berlin despertó, en un principio, grandísimo interés, pero éste decayó luego, sobre todo al ver lo que se prolongaban las sesiones, que duraron tres meses y medio, cuando se había contado con terminarlas en quince días. Todos sus pormenores se han ido conociendo y publicando sucesivamente, y en el mismo Boletín de nuestra Sociedad han visto la luz trabajos muy importantes sobre el asunto. Gran expectación produjo la creencia errónea de que iban á repartirse en aquel gran Congreso los territorios que existían todavía sin dueño conocido, ó más bien sin que los ocupase alguna potencia europea ú otras, más ó menos organizadas; pero cesó también cuando se supo que no iban á tratarse estas cuestiones y hasta

quedaban fuera de discusión los derechos que alegaban algunos países á poseer ciertos territorios. Verdad es que, aunque oficialmente se descartó este punto, puede decirse que, sin tratarlo abiertamente, fué el principal de que se ocupó la Conferencia.

Sedujeron indudablemente los principios de libertad de comercio y de facilidades para el tráfico, así como los propósitos de mantener la neutralidad en ciertos territorios, y desarrollar la civilización en todos ellos; pero bien pronto se conoció que bajo estas ideas falaces se encubrían rivalidades y ambiciones, sobre todo cuando se vió que en las resoluciones finales se cometían no pocas injusticias.

Mi impresión definitiva es, en general, bastante desfavorable, y si algunos resultados pueden calificarse de ventajosos, hay muchos que no lo son, habiéndose establecido principios de que tal vez se abuse en lo sucesivo. La exigencia de que resulten efectivas las ocupaciones territoriales para consolidarse, es un principio aceptable, siquiera de difícil aplicación ó de dudoso éxito. Sobre todo, no pueden admirarse las resoluciones, cuando se conocen las causas ó las intrigas que las produjeron, y como sucede siempre, pierde mucho el efecto del espectáculo cuando se ve entre bastidores y se han conocido las maniobras del maquinista.

Debo manifestar además, que las discusiones más importantes tuvieron lugar fuera de la Conferencia, y que esta sufrió repetidos aplazamientos, mientras se resolvían las cuestiones, que se trataban separadamente y que eran, sin duda, las más decisivas.

Se creyó también generalmente que, al lado de la Alemania, tendría la Francia un papel preponderante, al ver que la convocatoria para la conferencia se hacía después de ponerse previamente de acuerdo estas dos potencias, juzgándose que además de sacrificar los derechos de Portugal, que era la nación más débil, al par que la más interesada en las cuestiones que iban á debatirse, se cortarían los vuelos á la Inglaterra; pero bien pronto pudieron todos convencerse de que no era de temer lo que se había pensado. Mucho se debe, indudable-

mente, á la actitud enérgica y decidida que tomó la última nación desde el primer día, porque después de elegido como presidente el canciller príncipe de Bismarck, que por cierto sólo asistió á dos sesiones, y de pronunciar un discurso señalando los puntos principales que habian de tratarse en las sesiones siguientes, se levantó el representante de Inglaterra á formular una especie de arrogante protesta, que leyó, y en la que manifestaba terminantemente que no aceptaría para el río Níger y su cuenca inferior iguales principios que los proyectados para la cuenca del Congo, fundándose, en que esa parte había sido explorada principalmente por la Gran Bretaña, y que á ella se debía también el desarrollo del comercio en dicha región. Después de este *noli me tangere*, hasta llegaba á indicar que Inglaterra extendía, no sólo su veto sino también su dominio, á todas las desembocaduras del mismo Níger procurando sacar desde luego esta ventaja. Es curioso observar que se expusieran y llegaran á prevalecer tales argumentos para este río, cuando el descubrimiento y todo lo que ha adelantado la civilización en el Congo, es debido á Portugal: triste es confesarlo, pero siempre alcanza más la fuerza que la razón, y así no se vacilaba en sacrificar á una nación débil respetando la voluntad de una fuerte, que no tiene una sola posesión estable en toda la cuenca ni en el delta del Níger, y sin embargo, no quería sufrir allí la intervención que era la primera en solicitar para el Congo.

Los intereses de Francia, aunque también nación poderosa, se vieron mucho más combatidos que los de Inglaterra, teniendo que ceder en muchas cuestiones, y salvando sus derechos en otras, gracias á la constancia con que combatió y á la habilidad que mostró en algún detalle, que tendré ocasión de señalar más adelante. Portugal defendió también sus derechos con tesón y con gran habilidad, perdiendo en realidad menos de lo que todos temíamos y acaso de lo que esperaban sus mismos representantes, según manifestaré después: á mi juicio, no ha quedado en peor situación que la que aceptaba en el tratado que intentó celebrar antes con Inglaterra.

Los objetos de que se ocupó la Conferencia, y que han sido

resueltos de la manera que todos conocen ya, por lo cual me limitaré á hacer sobre ellos las observaciones más indispensables, fueron los siguientes: Libertad de comercio con igualdad de franquicias y derechos para la navegación y el tránsito de todas las naciones en las cuencas del Congo y del Níger, aumentando la primera con otras zonas contiguas: establecimiento de una comisión internacional para cuidar de la navegación del Congo y reglas para la de ambos ríos; protección á los indígenas en estos territorios, así como á los exploradores y misioneros garantizando la libertad religiosa; neutralidad en la cuenca del Congo y zona adyacente; represión de la trata de negros; régimen postal y condiciones para las nuevas ocupaciones en las costas del continente africano.

La discusión sobre el último punto llegaba en realidad un poco tarde, porque casi todas las costas se hallaban ya ocupadas previamente, y sobre todo en los últimos meses se apoderaron los alemanes de gran parte de las que estaban sin dueño conocido, y otras naciones han ensanchado también sus dominios, tratando, de cerrar los claros que mediaban entre unas y otras ocupaciones. Hasta España ha entrado en este camino, posesionándose de las costas del Sáhara comprendidas entre el cabo Bojador y el Blanco, al lado de las cuales explotaban las pesquerías, desde hace siglos, los habitantes de nuestras islas Canarias, que ahora podrán desarrollar esta industria de grandísimo porvenir, fundando establecimientos en la misma costa que servirán además para crear un comercio importante en el interior. Confieso que tuve un gran consuelo al recibir en Berlin el telegrama que me anunciaba esta toma de posesión, en que había tenido una parte bastante directa.

Supe después las anexiones que habíamos logrado en el interior de la cuenca del Muni, perteneciente á nuestros dominios del Golfo de Guinea, para lo cual había trabajado también muy especialmente: pero allí, por nuestro abandono y por la indiferencia con que todos los Gobiernos han mirado estas cuestiones, hemos perdido la posesión de las costas de Camarones, vecinas á Fernando Póo, las más importantes bajo todos conceptos y que debieron ocuparse hace muchos

años, extendiendo nuestro dominio en toda la sección desde las bocas del Níger hasta más allá de la bahía de Corisco. Los alemanes se adelantaron á nuestros propósitos, en los momentos en que ya veíamos próxima su realización, y hoy tenemos que dolernos de nuestra apatía.

En otras ocasiones he dicho en este mismo sitio, que debíamos apresurarnos á ocupar aquellos puntos del África que necesitábamos para el desarrollo de nuestro comercio, y como complemento indispensable de las posesiones que conservamos: decía entonces que dentro de cincuenta años no quedaría nada sin ocupar en las costas de África, pero me equivoqué en poner el cero, porque no han pasado cinco, desde entonces, y ya ha llegado el caso que yo prevía. Ni son sólo las costas sin dueño conocido ó pertenecientes á tribus desorganizadas las que se codician hoy: las ambiciones invasoras se ciernen sobre los Estados más débiles y peor regidos, como son los de Marruecos, Trípoli, Egipto y Zanzibar que no permanecerán muchos años en su estado actual.

Ya que he señalado antes el abandono de nuestros Gobiernos en las cuestiones africanas, debo hacer una salvedad, que es bien merecida, declarando que el actual ha apoyado eficazmente las gestiones que hemos hecho los que nos ocupamos de estos asuntos, y que á él se deben, muy principalmente, los resultados conseguidos por la Asociación de Africanistas y Colonistas que tomó la iniciativa para las últimas anexiones en el Sáhara y territorios del Muni.

Antes de comunicaros algunos detalles curiosos y consideraciones sobre los trabajos de la Conferencia de Berlin, debo dar noticias sobre la composición de la misma. Sólo ocho naciones fueron designadas en un principio para ella, que son: la Alemania, Bélgica, España, Estados-Unidos, Francia, Gran Bretaña, Holanda y Portugal: eran indudablemente las más interesadas en los asuntos que iban á tratarse, pues la Bélgica y los Estados-Unidos de América, que no tenían posesiones en las costas del África, representaban, bajo diversos puntos de vista, los intereses del nuevo *Estado del Congo*, que iba á crearse en este Congreso, y la Holanda, aunque no conserva

los puestos que antes ocupó, ha establecido un gran número de importantes factorías en diversos parajes. A las naciones citadas se unieron Austria, Dinamarca, Italia, Suecia, Rusia y Turquía, que también enviaron sus representantes á la Conferencia, tomando parte en todas las discusiones y resoluciones, aunque la preparación de las mismas se encomendó siempre á los que representaban las ocho potencias designadas primero.

Algunas naciones tuvieron más de un representante, sin que pueda explicarse satisfactoriamente el hecho, y mucho más cuando no fueron sólo las más importantes ni las más interesadas las que contaban con mayor número: Alemania tuvo cuatro plenipotenciarios, Bélgica dos y lo mismo los Estados-Unidos y Portugal, al paso que todas las demás sólo contaban con uno. Verdad es que cada nación no disponía de más de un voto, pero siempre era una ventaja tener más personas para la ilustración y defensa de los propios intereses.

En esta Conferencia se introdujo una novedad que se juzgó muy favorablemente en un principio, aunque debo declarar que no ha producido los resultados que se esperaban; aludo á la designación de *delegados adjuntos* ó *técnicos* que debían auxiliar los trabajos, ilustrando las varias cuestiones y auxiliando á los plenipotenciarios. También en esto hubo desigualdad en el número y en las condiciones de los sujetos elegidos: Inglaterra nombró cuatro, tres Francia y Bélgica, aunque la segunda sólo designó uno al principio, dos Italia y uno las demás naciones, á excepción de Alemania, Austria, Dinamarca, Estados-Unidos y Suecia que no tuvieron delegados. Muchos de estos reunían condiciones especialísimas que debieron hacer muy fructuosa su cooperación: Inglaterra eligió ilustres y antiguos funcionarios, versados en las cuestiones coloniales y del comercio; Bélgica y Holanda siguieron un camino análogo; Francia designó á Mr. Engelhardt, especialidad en las cuestiones de navegación internacional, y entre los geógrafos se hallaban dos de esta nación, el doctor Bellay que había realizado importantes exploraciones en el Ogoué y acompañado más tarde á Mr. Brazza, y Mr. Desbuissons, geógrafo del Mi-

nisterio de Negocios extranjeros; Luciano Cordeiro, Secretario perpetuo de la Sociedad geográfica de Lisboa, representaba muy dignamente á Portugal, é igualmente á la Italia los señores Negri y Mantegazza, el primero de ellos mi dignísimo y antiguo amigo, y casi el *Nestor* hoy de los geógrafos. En resumen, asistieron á la Conferencia de Berlin 19 plenipotenciarios y 17 delegados. Además, debe agregarse á los últimos, Stanley, el bien conocido explorador que, sin carácter oficial, tomó parte en ella, y de quien habré de ocuparme después.

Los que juzgaban acertada la intervención de los delegados, proclamaron que era un gran triunfo el haber asociado, por primera vez, la ciencia á la diplomacia, y así lo creyeron también, en un principio, algunos de mis ilustres colegas; pero pronto conocimos todos que el auxilio había sido bien pequeño, sin duda por la organización especial dada á las deliberaciones, y la escasa participación concedida á los delegados: algunos tuvieron, sin duda, ocasión de prestar valiosos servicios, pero en el conjunto el resultado fué lamentable. Más de uno se dolía de no haber tenido intervención bastante en los acuerdos, y de no haberlos autorizado con su firma. Por mi parte, me felicito muchísimo de haber permanecido más apartado de las discusiones de la Conferencia y de no haber sancionado, ni los despojos que en ella se han realizado, ni los planes utópicos que han de crear grandes complicaciones en lo porvenir, pudiendo así *lavarme las manos*, ciertamente con más razón que Pilatos.

Prescindiendo del auxilio prestado por los delegados á los representantes de sus respectivos países, ó de su asistencia á algunas comisiones, sólo fueron convocados expresamente á dos de las sesiones primeras, y como en ellas se trataron especialmente cuestiones geográficas y tuve ocasión de tomar parte en la discusión, me permitiré comunicaros algunos detalles sobre el particular.

Con motivo del proyecto de declaración de la libertad de comercio en el *Congo* y *en sus bocas*, se trató de fijar qué territorios constituían *la cuenca del Congo* y *de sus afluentes*, y para cuestión tan sencilla, al parecer, pidieron auxilio á los

delegados técnicos: hablaron algunos de mis dignos colegas, haciendo observaciones muy atinadas sobre la cuestión considerada en general, pero sin entrar en la parte geográfica; así, cuando me llegó el turno por orden alfabético de naciones, tuve que ocuparme un poco de esta última. Después de declarar que me hallaba conforme en un todo con nuestro dignísimo representante, el Conde de Benomar, y que como España no tenía un interés directo en las cuestiones de libertad de comercio y navegación en el Congo, si bien había de participar de las ventajas obtenidas, como las otras naciones, parecía natural que no interviniésemos muy directamente y aguardásemos las soluciones propuestas por las demás. Añadí, sin embargo, que la cuestión, tal como venía planteada, no admitía más que una solución, y que lo mismo los geógrafos más ilustres que los más atrasados estudiantes, habrían de señalar la cuenca del Congo del mismo modo, y que aún no era preciso nombrar la de sus afluentes, porque sin estas no existiría la de aquél. Desgraciadamente, dije, no puede definirse con exactitud dicha cuenca, porque los afluentes del Norte son casi todos desconocidos y aún se duda si ríos muy importantes, que se conocen en sus orígenes y cuenca superior, van á parar al mismo Congo, ó bien al Xari ú otros ríos, siendo este precisamente uno de los problemas que están sin resolver en el África y hallándose aquí los pocos claros que restan para su completa exploración. Por el Sur, están mejor estudiados los límites de la cuenca y los orígenes de sus afluentes, aun que hay también no pocos puntos dudosos, y tampoco se conoce el curso de los mismos afluentes hasta llegar al río principal. Concluí manifestando que acaso habría querido decirse otra cosa, y que así lo sospechaba, pero que á la pregunta no podía responderse de distinta manera. Por prudencia, callé los dos errores que se cometían hablando de *bocas* para un río que solo tiene una sola desembocadura, y el de añadir la cuenca de los afluentes á la del río principal. Quiso objetárseme que el enunciado de la pregunta pedía otra cosa, y aún volvió á leerse, pero al fin se convencieron de que era preciso no hablar de la cuenca, sino de la *región* del Congo, como yo había indica-

do, sospechando que se trataba de anexionarle otros territorios.

Esto prueba que las personas más ilustres cometen también sus deslices; pero lo que más me sorprendió fué el efecto que produjeron mis palabras, que estaba yo muy lejos de creer una revelación de la menor importancia, y que fueron causa, no obstante, de que poco después se suspendiera la sesión y de que varios diplomáticos me felicitaran porque yo había descubierto esos detalles, felicitación de la que confieso no fui yo el menos sorprendido.

Tienen, sin embargo, tal fuerza los errores, que una vez cometidos se reproducen, sin poderlo evitar, y así este artículo ha sido desgraciado desde el principio hasta el fin. Después de reconocida la falta de exactitud en llamar *Cuenca del Congo* á la que en realidad no lo era, y de agregar á ella otros territorios, de que luego me ocuparé, se definieron los límites de la primera de un modo erróneo: empezóse por repetir lo de *Cuenca del Congo y de sus afluentes*, pleonasma inútil, y después de señalar los de otros rios, que confinan por el Norte, se decía *que por el Este la limitaba el lago Tanganika*, pero se repetía al final que la formaban *todos los territorios regados por el Congo y sus afluentes, comprendiendo el lago Tanganika y sus tributarios orientales*. Parecía que se dejaban aparte los afluentes del mismo lago que no procedieran del Este, y sobre todo aparecía el Tanganika, *fuera y dentro* á la vez. Los que presumíamos de geógrafos, nos atrevimos á hacer algunas observaciones sobre esta redacción tan poco clara y científica, y aunque se pensó en nombrar una comisión especial para asunto tan baladí, prefirieron al fin los diplomáticos corregirla por sí solos, y en la redacción final quedó también lo de *Cuenca del Congo y de sus afluentes*, corrigiéndose la segunda parte que la limitaba al Este, *por la línea de separación oriental de los afluentes del lago Tanganika* repitiéndose el final de la definición anterior. Se había salvado la contradicción, pero quedaba el pleonasma *de los afluentes* y parecía que el Tanganika solo tenía tributarios por el Este, ó que los demás no entraban en cuenta.

He querido señalar este detalle, de corta importancia seguramente, para que se vea que *en todas partes cuecen habas* y porque fué motivo de justa censura entre los geógrafos alemanes. Bueno es que se sepa, por lo mismo, que los extranjeros que, con igual carácter, asistimos á la Conferencia, conocimos y señalamos el error: *suum quique*.

He interrumpido para ocuparme de este incidente, la reseña de las conferencias á que asistimos los *delegados*. Antes de concluir la primera los Sres. Ballay, Negri y Cordeiro, hicieron observaciones muy atinadas, como las hicieron más tarde los delegados ingleses y otros. El primero nombrado insistió en manifestar que era inútil ensanchar la zona próxima á la desembocadura del Congo para dar facilidades á la salida de los productos de la cuenca, porque si en algún tiempo pudo creerse que un ferrocarril siguiendo el curso de Niadi-Kuilú podría ser de ejecución más fácil y ventajosa para salvar las cataratas del Congo y llegar á *Stanley Pool*, hoy, en vista de nuevos estudios y sobre todo de la corrección en las situaciones, se había reconocido que lo menos difícil era la construcción del ferrocarril siguiendo las orillas del río principal.

La segunda sesión se dedicó casi exclusivamente á oír las explicaciones del célebre explorador Stanley, que nos hizo una animada pintura de sus viajes y de los territorios que recorre el Congo, detallando luego los inmensos recursos de esta zona, calculando la importancia que puede alcanzar el tráfico, y el coste y productos del ferrocarril que se proyecta para enlazar la navegación inferior, y casi marítima, con la superior. No estoy yo conforme con muchas de las cifras y resultados que presentó el intrépido viajero. Nos dijo que la población de la cuenca llegaba á 47 millones de almas, y empezando por extrañar que no se fijase entre 40 y 50, es decir con menor precisión, debo declarar que no hay elementos para juzgar, ni aun aproximadamente, del número de habitantes: Stanley sólo ha recorrido el río principal y trozos sumamente pequeños de algunos afluentes: su cálculo sobre la población, tiene una base análoga al que formase quien evaluara la de Madrid por la que habita en las calles Mayor y de Alcalá ó la gente

que viere atravesar por ellas en un momento dado, que puede variar tanto entre un día de toros y otro cualquiera. Para juzgar de los productos y del tráfico probable, es preciso contar, no sólo con el número de indígenas, sino también con su aptitud y su voluntad para el trabajo; pues no hay que pensar, por ahora, en colonizar con europeos aquellas inmensas regiones: lo primero es crear necesidades, y pueden pasar muchos años, acaso siglos, sin que se desarrolle allí la producción y el comercio, á pesar de la riqueza indudable de la comarca. Por lo mismo, no pueden formarse cálculos sobre el coste y productos del ferrocarril, y yo creo que se forjan grandes ilusiones los que fundan en esto halagüeñas esperanzas, habiéndose llegado á querer monopolizar, por acuerdos de la misma Conferencia, que felizmente no llegaron á tomarse, la construcción de ese mismo ferrocarril, considerado acaso como un *negocio*.

No dió poco que hacer á la Conferencia la fijación de los límites á que habrá de extenderse la libertad de comercio fuera de la cuenca del Congo; todos querían la mayor extensión posible, mientras no tenían territorios propios á que aplicarla; se veía aquí confirmado el dicho vulgar *justicia y no por mi casa*, es decir, *libertad de comercio, no en mis posesiones*. Así el representante de los Estados-Unidos, nación que nada posee en aquellos países, empezó pidiendo: que la zona libre se extendiera por el Norte hasta el grado 5 de latitud septentrional, reservando una pequeña parte contigua á las costas del Océano Atlántico, pero llegando á la distancia de un grado del Índico: que se trazara una línea paralela á las costas del mismo y distante también un grado de ellas, para alcanzar la orilla derecha del Zambeze, seguir esta orilla hasta un poco más arriba de la confluencia del Xiré, y luego la divisoria de aguas entre el lago Ñassa y el Congo con el Zambeze para llegar al origen del Cuango ó Kiva, y descender por las márgenes de este al paralelo de 7° 50' Sur que se seguiría hasta su encuentro con el río Loge y por la orilla de este al Atlántico. Así se ensanchaba notablemente el problema sometido á la Conferencia, duplicándose casi la zona á que habrá de extenderse la libertad de comercio, comprendiendo, además de toda la cuenca

del Congo, gran parte de la superior del Nilo con todos los grandes lagos interiores, y también de la del Zambeze, además de abarcar íntegramente la de muchos ríos secundarios que vierten directamente al Océano Índico y otros al Atlántico. Ninguna razón había para estos ensanches, ajenos al programa de la Conferencia; pero sin embargo, este programa es casi el mismo que se adoptó luego, suprimiendo solo la parte de la limitación de la libertad de comercio en la zona de un grado de anchura para las costas del mar de la India, problema que hubiera dado larga y difícil ocupación á los más hábiles geodestas si hubiera habido necesidad de trazar esta línea.

No faltó quien quisiera suprimir también la pequeña faja reservada al lado del Océano Atlántico, enlazando así las cuencas del Congo y del Níger para la libertad comercial; pero aquí entraron ya los intereses particulares de potencias poderosas. Alemania, que había tomado recientemente posesión de las costas de Camarones, no quería naturalmente para sí la aplicación de los principios que sostenía para los demás, y lo mismo le sucedía á la Francia. Portugal, como más débil, se defendía menos, y en cuanto á España casi era inútil que interviniésemos, porque franceses y alemanes se habían encargado de usurparnos las costas que poseemos entre el río del Campo y el cabo de Santa Clara, sobre lo cual se siguen pausadas negociaciones. Los cartógrafos extranjeros nos habían suprimido también, dejando solo pequeñas señales en la isla de Corisco y Cabo de San Juan, marcadas con igual color que Fernando Póo, sin duda como recuerdo de que allí habíamos tenido derechos, mirados con sobrado descuido por nosotros mismos. En resumen, no se contaba con nosotros.

Francia tuvo que defender sus territorios palmo á palmo, viéndose rudamente combatida por la mayor parte de los plenipotenciarios de otras naciones que pretendían llevar los límites de la libertad de comercio, primero hasta el Gabón, luego al Ogoué y que, por último, no querían detenerse en el pequeño riachuelo y sitio nombrado *Sette Camma*, propuesto por su representante, hasta que por una hábil maniobra del mismo indicó el paralelo de 2° 30' Sur como transacción, que

fué aceptada, sin comprender probablemente la mayoría, que dicha línea coincidía con la desembocadura del *Sette Camma*: no necesito hacer comentarios sobre este particular. Salvó además la Francia toda la cuenca del Ogoué, sacrificando sólo la del Niadi-Kuilú, sobre la cual sostenía reñida contienda de propiedad con la Asociación del Congo.

Portugal tuvo que admitir la libertad de comercio en sus posesiones, no sólo para la parte del Atlántico hasta el curso del río Loge, al lado de Ambriz, y desde su origen á enlazar con las vertientes al Congo ó Zaire, sino en las del Índico, desde el Cabo Delgado á la desembocadura del Zambeze que comprenden una extensión de costa cuatro veces mayor, con la zona interior correspondiente, que pertenece á sus dominios de Moçambique. Casi se trató mejor al Sultán de Zanzíbar y á los jefes de otros estados independientes en la parte oriental, pues se les reservó el derecho de adherirse voluntariamente al despojo, declarado en principio, y que se impuso casi á los demás. Verdad es que Portugal tuvo el derecho de no aceptar esta libertad de comercio en sus territorios, y de retirarse de la Conferencia, en lo cual no le hubiera faltado ciertamente el apoyo de España y probablemente el de otras naciones; pero acaso obró muy cuerdamente para evitar mayores despojos. Desde el principio admitió la libertad de comercio en la parte de la cuenca del Congo y de su desembocadura, que poseía, é indicando que ya adoptó igual sistema con los territorios del Cacongo y Massabi, que había ocupado recientemente, al Norte del mismo Congo. Esta primera concesión, hecha acaso con la idea de salvar los territorios que se le disputaban, y la presión constante de naciones muy poderosas, le hicieron, sin duda, consentir más fácilmente en la extensión de la libertad de comercio á otras regiones.

En mi opinión se crean para el porvenir graves complicaciones con la declaración de esta libertad á los Estados que tienen posesiones más extensas, porque ó se establece en el resto de las mismas, lo que ha rechazado Francia en las suyas, ó se pone una parte de ellas en circunstancias mucho más desfavorables para su desarrollo. No comprendo tampoco las ra-

zones que puedan existir para prolongar la libertad de comercio fuera de la cuenca del Congo, única que se quiso favorecer al convocar la Conferencia. Ya indiqué antes que la comunicación natural de la misma, es por la desembocadura que forma una ancha y dilatada ría: no existiendo delta, no hay necesidad de ensanches por aquí, y bastaría con declarar neutral el paso por esta sección. Además, si hay razones para que los productos de la zona occidental busquen el tránsito por otros puntos próximos al río, lo cual yo no considero demostrado bajo ningún concepto, atendiendo á la poca anchura de la cuenca por este lado, y sí las hay mayores para que en la oriental se le faciliten salidas por los orígenes y afluentes del Nilo, del Zambeze ó de varios ríos menores, no faltarían ciertamente otras para que en las zonas del Norte se facilitaran también las relaciones por medio de la libertad de comercio, con algunos afluentes del Nilo ó del Xari, y en las del Sur con los del Zambeze y Cunene, mucho más cuando en varios puntos apenas marca la topografía la divisoria de las aguas. Por todo esto dije en un principio, que en el Congreso de Berlín se atendió bien poco á la Geografía y que no hicimos gran papel los geógrafos, en cuyo número puedo contarme, al menos por esta vez, sin que, dados los resultados, pueda tachárseme de inmodesto.

Podría haberse adoptado el principio de establecer la libertad de comercio para todos aquellos territorios del África no ocupados por las naciones europeas, ó por otras debidamente organizadas; pero no es justo ni admisible el limitarla á la cuenca del Níger y al territorio del Congo, extendiendo arbitrariamente el segundo con notable perjuicio de los intereses de Portugal, potencia que ha sido la más sacrificada.

He indicado también antes, que las cuestiones principales se trataron fuera de la Conferencia y que las sesiones de esta se prolongaron y aplazaron, mientras aquellas se resolvían. Era lo preferente, sin duda, el reconocimiento de los derechos de la *Asociación internacional del Congo*, y la creación y señalamiento de límites al *Estado* que había de reemplazarla. Las contiendas tuvieron lugar principalmente con la Francia y

Portugal, porque se trataba de cercenarles una parte de los territorios que ambas naciones consideraban como suyos, en favor de la nueva potencia. Por algún tiempo, y en vista del tratado celebrado por Francia con la Asociación del Congo, antes de empezar las Conferencias, para que, en caso de cesión de territorios de la segunda, fuese preferida la primera, se creyó que esta recogería todas las ventajas; pero también se comprendió luego que no subsistía la mejor inteligencia entre ambas, y que se disputaban, no solo los límites, sino la propiedad de los territorios, especialmente los de la cuenca del Niadi-Kuilú y la zona hasta la derecha del Congo, pretendiendo Francia llegar hasta los límites que reclamaba Portugal, y aun pasar á la orilla izquierda del Congo, cerca de Brazza-ville, en virtud de los tratados celebrados con el soberano Makoko, y reclamando la Asociación todos estos territorios, además de algunos de los correspondientes á Portugal. Por una y otra parte, se alegaban convenios celebrados con los indígenas, y la existencia de estaciones comerciales fundadas en estas zonas, que llegaban al número de 6 para la Francia, sin contar las del Ogoué, y de 36 para la Asociación, comprendiendo las de ambas orillas del Congo. Portugal, á su vez, defendía sus derechos para llegar por el paralelo de 5° 12' Sur á la derecha del Congo y de poseer toda la orilla izquierda de dicho río hasta la confluencia con el Cuango, derechos que venía sosteniendo desde remotas épocas, haciendo valer también el número y la importancia de las factorías que había establecido á lo largo del Congo. Pero ¡qué diferencia entre unos y otros derechos! No se concibe como quieren igualarse los de una larga dominación, durante siglos, y los esfuerzos para descubrir y civilizar esta parte del África, pues á Portugal se debe cuanto se ha hecho hasta hoy, con el trabajo ó el gasto de establecer las mencionadas factorías, muchas de ellas casi nominales y en las que hay por junto unos 200 europeos, la mayor parte portugueses, porque su idioma es el único que comprenden los indígenas.

Por esto he sostenido siempre que era altamente injusto regatear los derechos de Portugal y arrebatarle la parte más pe-

queña de sus territorios: debió conservársele el dominio en ambas márgenes del Congo, y pactar sólo franquicias para el comercio y la neutralidad en favor de todas las naciones. No importa que nuestros vecinos hayan sufrido un despojo menor del que todos, y ellos mismos aguardaban; por pequeño que sea, es siempre inicuo, y yo lo deploro, no sólo por tratarse de una nación hermana y que diría consideramos como una parte ó prolongación de España, á no temer la justa susceptibilidad de nuestros vecinos, sino por el desprecio que se ha hecho de los principios de justicia y por ver sancionado una vez más el abuso de las naciones poderosas.

Aunque algunos hayan querido decir otra cosa, no le ha faltado á Portugal el apoyo y la defensa de los representantes de España, que de otro modo ni hubieran cumplido las instrucciones terminantes de su Gobierno. Tampoco faltó constancia ni habilidad á sus propios plenipotenciarios ni delegado, pero al fin sufrieron alguna merma en sus derechos, aunque menor de la que se temía; que siempre las naciones débiles son sacrificadas por el capricho ó por los intereses de las fuertes. De nuevo declaro mi satisfacción por no haber sido cómplice, autorizando con mi voto ó con mi firma tales despojos.

Aparte de los territorios que se cercenaban de los pretendidos por Francia, ó de los que poseía Portugal, para la formación del Estado del Congo, se alegaban como fundamento de la propiedad en todo lo demás, los tratados celebrados con los jefes indígenas, que ya sabemos el valor que pueden tener, cuando no saben leer, ni conocen lo que estipulan ó firman, mediante el regalo de algunas mercancías, ó el argumento más decisivo todavía de algunas botellas de rom; pero conviene hacer constar además un hecho muy significativo. Ya dije que sólo ha sido recorrido, y muy rápidamente por Stanley, todo el río Congo y después porciones del mismo ó pequeños trozos, de algunos afluentes; todo lo demás es completamente desconocido, y justamente el territorio encerrado por las primeras fronteras trazadas al flamante *Estado*, y exceptuando el río principal es de lo más dudoso y desconocido del África: basta

examinar un mapa de los modernos para convencerse de ello. Pues bien, en estos tratados con los indígenas se fundó el primer convenio ó contrato de reconocimiento celebrado entre la Asociación Internacional del Congo y los Estados-Unidos de la América del Norte, firmado en 22 de Abril de 1884.

En el segundo, que se concertó con Alemania en 8 de Noviembre, se reconocían las fronteras del nuevo Estado según estaban marcadas en un mapa anexo; pero se tuvo buen cuidado de no hacer circular dicho mapa, porque se esperaba todavía ensanchar los límites de aquél, como tuvo lugar más adelante. Esto me recuerda un hecho ocurrido en un pueblo cercano á Madrid, cuando yo dirigía los trabajos catastrales y parcelarios. Existía en él un propietario que había hecho crecer su finca, acaso en la proporción de 1 á 5, extendiéndola á costa de los terrenos realengos ó del común que se hallaban confinantes, y no estando satisfecho todavía del ensanche, pretendía que se aplazara el levantamiento del plano de su parcela hasta que hubiera acabado de redondearla. Para el Estado del Congo la cosa era más sencilla, pues bastaba con modificar los límites en el mapa, y así se hizo, añadiendo en el tratado con Francia, que fué de los últimos celebrados, casi una mitad de extensión superficial, desde algo antes del grado 6 de latitud S., hasta los límites meridionales de la cuenca del Congo, dejando por el Oeste entre el río Lubilax y el Cuango, donde se supone terminaban los de Portugal, una gran sección, acaso para futuros ensanches ó tal vez para contentar las ambiciones de alguna nación poderosa. Todo esto resultaría hasta risible, si no hubiera sido consentido por los plenipotenciarios de las grandes potencias y de todas las de Europa, con la sola excepción de Suiza y Grecia.

En el tratado con la Gran Bretaña, que se firmó el 16 de Diciembre, se citaban también las cesiones de los soberanos indígenas, de lo que se había prescindido en el de Alemania, y que no se mencionaron en los demás. Con Italia, Austria-Hungría, y los Países Bajos se contrató en el mes de Diciembre y con España el 7 de Enero de 1885. Nosotros habíamos aguardado á que estuviese decidido el concierto con las demás naciones,

lo cual era ya seguro á la indicada fecha. Francia, después de largas negociaciones, convino al fin en ceder los derechos que pretendía sostener á una parte de la orilla izquierda del Congo, y en satisfacer una indemnización para adquirir toda la cuenca del Niadi-Kuilú, enlazándola con sus anteriores descubrimientos del Alima, convertidos en posesiones. El 5 de Febrero firmó su convenio; en la misma fecha, lo suscribió la Rusia; Suecia y Noruega el día 10 y Portugal resistió hasta el 18, día en que contrató también Dinamarca.

Los portugueses resistieron porfiadamente, combatiendo con habilidad y brío; retardaron la decisión y fueron cediendo poco á poco, sosteniendo, hasta el último momento, sus derechos á una porción en la derecha del Congo y á mayor extensión por la izquierda, cediendo al fin ante la presión de Alemania, Francia é Inglaterra coaligadas en contra de ellos, y salvando solamente en el Norte el pequeño territorio de Cabinda y Molembo, que figuraba en su Constitución política, pero sin llegar hasta la orilla derecha del Congo ó Zaire y limitando su dominio por la izquierda en Noki, y luego por el paralelo de este punto hasta el Cuango.

Esto es cuanto me parece conveniente decir sobre los acuerdos de la conferencia, y de seguro habré fatigado á mis oyentes con la exposición de muchos detalles de escaso interés, y que sólo pueden ofrecer algún lado curioso. Los demás pormenores son sobrado conocidos, y además nuestro BOLETÍN debe publicar el texto íntegro del Acta general de la Conferencia en que se consignan todas las resoluciones. Añadiré solamente, que el representante español, Sr. Conde de Benomar, logró intercalar hábilmente una especie de protesta acerca del derecho de visita, tan perjudicial para nuestro comercio africano; y aunque no pudo tomarse acuerdo sobre este punto, fué bien acogida por todos y es ventajoso que consten siempre las razones que hacen hoy inútil, además de injusto, un convenio que debe considerarse, en realidad, como caducado.

Podría creerse, señores, que en estas Conferencias, cuya marcha se arregló por la de los tratados para el reconocimien-

to del Estado del Congo, aplazando la discusión y la firma de las resoluciones finales hasta que se firmó el último concierto con Portugal, el más beneficiado debería ser el rey de los belgas, soberano presunto entonces, y hoy efectivo, de aquel nuevo Estado; pero á mi juicio es el más digno de compasión. Ningún premio sería excesivo para un monarca tan ilustrado y que goza de generales simpatías. Yo he tenido la honra de conocerle y de apreciar sus altas dotes, cuando asistí al Congreso de 1877 en el Palacio de Bruselas cuyas sesiones presidía directamente, y en que se organizaron las exploraciones de la *Asociación Internacional Africana*. Sus ideas eran nobles y se inspiraban solamente en los intereses de la humanidad y de la ciencia; acaso, á pesar suyo y desvirtuando sus ideas civilizadoras, le han hecho entrar luego en una empresa que se diferencia bastante de sus primitivas aspiraciones, y tal vez se hayan mezclado en ello intereses bastardos que escapaban á la reconocida lealtad del rey Leopoldo; acaso la esperanza de un gran negocio seducía á algunos de los que le alentaban en el nuevo camino, en el que ha consumido la mayor parte de su fortuna personal.

Yo tengo la convicción de que es imposible fundar colonias prósperas, y mucho más en el África, donde hay que crearlo todo, sin hacer antes inmensos sacrificios y empleando un espacio de tiempo muy considerable, mucho más con los nuevos principios de libertad de comercio y de igualdad de franquicias para el tráfico, pues la nación fundadora sólo puede percibir los derechos que correspondan á los gastos dedicados á las mejoras en la navegación ó en las comunicaciones. Quedan siempre otros muchos para organización administrativa y judicial, enseñanza y otros objetos en que no cabe compensación, no existiendo derechos diferenciales; así todas las ventajas son para las naciones que explotan el comercio, y las quiebras para los que crean estas colonias. No bastan ciertamente para ello los recursos propios de su soberano, como no bastarían los de una compañía que acometiese estas empresas á ejemplo de otras que se fundaron con igual objeto, ni aun serían suficientes las de Bélgica, aunque esta nación interviniera en el des-

arrollo del nuevo Estado del que ha quedado completamente desligada.

Sólo podrían entrar en empresas semejantes naciones muy poderosas como la Alemania, Francia, Inglaterra ó los Estados-Unidos, y quién sabe si alguna de ellas no vendrá á heredar los derechos establecidos para el Congo, y acaso la primera, que tan principal empeño ha demostrado en la creación de lo que yo considero como una utopia. Dudo tambien que pasen los veinte años, que se fijaron como término para modificar algunas de las resoluciones aceptadas, sin que haya necesidad de modificarlas, y siento que mi edad no me permita ver la realización de estos temores ó confesar mi equivocación. No creo tampoco que sea realizable el respeto de la neutralidad en los territorios comprendidos en la cuenca convencional del Congo, en caso de guerra entre dos naciones interesadas en ellos, y mucho menos que puedan renunciar á hostilizarse los buques enemigos que se encontraran en la ancha desembocadura del Congo. Sobre todo, lo que más sentiría es que la creación del nuevo Estado, cuyo porvenir veo muy oscuro, pudiese causar el menor desprestigio al caballeroso monarca belga cuyas altas dotes soy el primero en admirar, que ha pensado sólo en llevar desinteresadamente la civilización al centro de África y á quien se ha concedido una soberanía aparente y un honor bien ineficaz y comprometido.

Antes de terminar, quisiera hablaros de los repetidos obsequios que los miembros de la Conferencia, debimos al ilustre emperador Guillermo, al príncipe imperial, canciller Bismarck y altos funcionarios de la corte y del Gobierno, además de los que recibimos del círculo de banqueros de Berlin, del cuerpo diplomático y de otras personas distinguidas; pero temo abusar de vuestra paciencia. Me limitaré á deciros algunas palabras sobre el banquete que nos fué ofrecido á los geógrafos, que nos hallábamos entre los delegados, por más de 300 miembros de las Sociedades de Geografía y de Antropología de Berlín. Se dió en honor nuestro y del célebre explorador Stanley, y tuve la alta é inmerecida honra de ocupar uno de los puestos de preferencia, entre el presidente honorario de la primera

sociedad, el ilustre Doctor Bastian, y el efectivo y no menos conocido Doctor Reiss: ambos hablan correctamente el español, han viajado por nuestro país y por territorios de nuestras actuales ó antiguas posesiones y aprecian el carácter y los hechos de nuestros compatriotas.

Al llegar á España, he sabido que un periódico portugués me había censurado porque brindé en honor de Stanley en dicho banquete. No me desdeñaría ciertamente de hacerlo así, pues admiro los trabajos del intrépido explorador, aunque no tanto los que le han ocupado en los últimos años, que tampoco censuro; y buena prueba de lo primero, es que á propuesta mía se le nombró miembro honorario de nuestra sociedad; pero no había yo de faltar en Berlin, ni en parte alguna, á las tradiciones de la galantería española, y sabía muy bien que allí sólo debía brindar en honor de los que nos obsequiaban. Así después del acostumbrado brindis al emperador y de las calurosas palabras que pronunció el Comendador Negri, usando la lengua alemana que poseía, yo me limité, aprovechando la primera ocasión que se me había presentado, á dar en francés las gracias á la misma Sociedad Geográfica de Berlin, que hacía ya más de treinta años me había distinguido nombrándome su miembro honorario, y haciendo ligera mención de los ilustres viajeros alemanes que brillaron en las exploraciones del África y de sus sabios geógrafos que habían difundido sus trabajos y sentado en toda Europa las bases para el verdadero conocimiento de la ciencia, extendiéndola, popularizándola y dando ejemplo á las demás naciones: esto y el dar también gracias, en nombre de mis colegas y mío por el nuevo honor que recibíamos, era lo que me correspondía hacer y lo que hice. El no haber asistido el Sr. Cordeiro á este banquete, á pesar de haber sido invitado, y acaso por rivalidades con Stanley, pudo motivar la falsa noticia del periódico portugués.

Quisiera hablaros también de las reuniones ordinarias que celebra una vez al mes aquella Sociedad Geográfica, donde veía con envidia una asistencia considerable de socios, y de otras instituciones, como de la Sociedad y Museo de Geografía Comercial, que tanto ha contribuido al fomento de las rela-

ciones mercantiles de Alemania; pero el tiempo apremia. No dejaré sin embargo de referiros una costumbre curiosa. Después de las sesiones ordinarias de la Sociedad Geográfica, que duran generalmente de siete á nueve de la noche, se reúnen en un café restaurant situado en el mismo edificio donde celebran sus juntas, á cenar modestamente y en amigable compañía, siguiendo una prescripción reglamentaria, los que quieren participar de esta expansión; allí reina la más afectuosa armonía y se cimentan, más y más, las relaciones entre los consocios. Después toman cerveza en mesas distintas, prolongándose estas reuniones hasta las doce de la noche y aún hasta más tarde á veces, horas muy avanzadas para las costumbres de Berlin. A la cena le llaman alegremente *La Gran Geografía*, *La Pequeña Geografía* á la animada conversacion que se entabla después. Tuve el honor también de ser invitado para estas reuniones íntimas, y de recibir los mayores obsequios, que nunca podré olvidar.

Verdad es que los recibí también de otras muchas personas y que observé constantemente el interés y el cariño que se demostraba por España, estudiando con afán nuestros trabajos científicos y literarios. No todos los conocen evidentemente, pero son muchos los alemanes que han viajado por España, sus provincias de Ultramar ó por las naciones hispano-americanas, y todos nos juzgan con imparcialidad, más aún, con marcada benevolencia. Los dramas de nuestros grandes poetas se representan constantemente en los teatros de Alemania, y son interpretados con verdadera fidelidad é inteligencia. No sucede esto en naciones más vecinas, y con las que tenemos mayores lazos de afinidad.

Sobre todo tuve ocasión de conocer las simpatías que aquella nación manifestó á la española, cuando llegaron las noticias de los horribles terremotos sufridos en Andalucía. La familia imperial, los banqueros y otras personas enviaron, desde el primer momento, sumas importantes; se promovieron suscripciones entre el pueblo y el ejército, se celebraron funciones en casi todos los teatros de Berlin, y se organizaron rifas y otros medios, entre ellos la publicación de algunas de

las acuarelas de los album regalados en España á la princesa imperial y á la de Baviera, nuestra compatriota, idea en que coincidieron ambas, sin previo acuerdo, logrando así enviar en pocas semanas, cantidades considerables y muy superiores á las que remitieron las demás naciones.

En varias ocasiones tuve el honor de hablar con el venerable emperador y el simpático príncipe imperial, y en todas ellas escuché las frases más halágüenas para nuestro país y para nuestro monarca, del que se ocupaba el primero con cariño verdaderamente paternal.

He procurado antes de salir de Alemania que sus más ilustres geógrafos y cartógrafos, algunos de los cuales me honraban con su amistad, señalaran en sus publicaciones los territorios que posee España; la cosa puede parecer de importancia secundaria, y sin embargo, la tiene muy notable: la consignación de los límites que atribuía nuestro viajero Iradier á los territorios españoles del Golfo de Guinea, ha alentado mucho las usurpaciones en esa zona, á pesar de que en los mismos mapas, y en el texto, se marcaba la totalidad de lo que nos pertenece. Algo he logrado en mi propósito.

Siento no poder hablaros con extensión de los obsequios que recibí también durante mi permanencia en Francia, no debidos ciertamente á mi insignificante persona, sino al país que representaba. He asistido á algunas sesiones solemnes de la Sociedad de Geografía de Paris, de la Comercial y de la de Topografía. En las primeras se dió cuenta de los importantes viajes de M. Foucauld en Marruecos, y de los de M. Giraud al lago Bangüeolo ó Bemba y regiones contiguas. En todas ellas fuí muy atendido; pero á pesar de vuestro cansancio y de la escasez del tiempo, no quiero dejar de citaros otra sesión solemne celebrada por la Sociedad Académica Indo-China en honor verdaderamente de España, donde M. Castonnet des Fosses leyó un erudito trabajo sobre las *Misiones españolas en el Tonkin* y M. Blumentritt otro no menos notable, sobre la *Indo-China y los españoles*, pronunciando además su distinguido presidente, el marqués de Croizier, y otros miembros, las frases más entusiastas acerca de nuestro país y de nues-

tro rey. Todavía quisieron honrarme nuevamente ofreciéndome un banquete especial muchos de sus miembros: allí escuché los brindís más calurosos en favor de España, á los cuales, así como las frases anteriores, respondí lleno de sincera emoción y responderá siempre mi profundo agradecimiento. Tales sentimientos manifestados por tan ilustre Sociedad, eran nueva protesta, además de las bien explícitas y honrosas que ya había hecho la misma en repetidas ocasiones, sobre el agravio inferido á nuestro monarca por las turbas de Paris, y estas simpatías vienen á consolarnos también de las dificultades que el Gobierno francés nos suscita á menudo en las cuestiones de Marruecos y en otras referentes á nuestras posesiones de África.

He llegado al fin de esta enojosa conferencia, cohibido al principio por el temor de referir detalles que debía callar y después por la premura del tiempo, y os suplico que me perdonéis por haber abusado tanto de vuestra paciencia. Yo espero todavía que España realizará la mayor parte de sus ideales, á pesar de las dificultades con que luchamos; pero es preciso para ello que todos trabajemos con ahinco, y que hagamos esfuerzos para difundir los estudios geográficos y sobre todo los de aquellas regiones donde tenemos grandes intereses que defender. A ser generales estos conocimientos, no habríamos perdido un territorio importantísimo en Borneo, ni tendríamos el pesar de haber llegado tarde para ocupar las costas de Camarones ú otros puntos. Si las guerras interiores y el predominio de lo que sin razón se llama *política*, no hubieran destruído nuestro país y cortado sus vuelos, podríamos haber aspirado á la posesión del Tonkin y de Formosa, donde contábamos con grandes elementos, y que son ya, ó serán en breve presa de otras naciones; pero vigilemos siempre para salvar y asegurar la posesión de lo que nos resta. Yo seguiré trabajando con empeño en favor de estas ideas, como lo he hecho hasta aquí, pero mis fuerzas son escasas y tengo necesidad de reclamar el valioso auxilio de mis distinguidos consocios. He dicho.

CONFLICTO HISPANO-ALEMÁN.

DISCURSO

PRONUNCIADO POR

DON FRANCISCO COELLO,

EN LA SESIÓN ORDINARIA DEL 27 DE AGOSTO DE 1885.

Presidencia del Sr. Rodríguez Arroquia.

Señores: no esperaba yo, al tener la honra de pronunciar la conferencia de que acaba de darse cuenta en el acta, que había de abusar nuevamente de la paciencia de la Sociedad y del ilustrado auditorio que veo reunido esta noche, sobre todo con un motivo tan triste como el que me obliga á presentaros algunas consideraciones y datos de distinto género.

No he sido ciertamente de los entusiastas por los resultados de la Conferencia de Berlin, y me parece que lo dí á conocer bastante en todo lo que aquí dije hace dos meses y medio. Cubriéndolos con el manto de algunas ideas de civilización, de progreso y de libertad de comercio, se cometieron entonces no pocos atentados á los derechos de los indígenas y de las naciones menos fuertes, respetando bien poco á la misma Geografía y estableciendo un estado de cosas, muy utópico á mi juicio, y de inseguro porvenir. Así como algunos de mis colegas sintieron casi que su carácter de *delegados técnicos* les privase de autorizar con su firma las actas y protocolos, yo me felicité de ello por no hacerme cómplice de ningún despojo. Debo declarar además que, si esto pensaba sobre los actos explícitos y públicos de la Conferencia, habría sentido mucho más tener intervención directa en lo que se trató entre bastidores, digámoslo así, para la delimitación del flamante *Estado del Congo*,

trazando arbitrariamente, con desconocimiento y grandes errores geográficos, sus fronteras, y cercenando para ello algunos territorios que Portugal había proclamado siempre como suyos. Sobre este particular debo advertir que, según opinión general de todos los representantes de la Conferencia, y aun creo que así debieron reconocerlo los mismos de Portugal, esta nación, que desde un principio se creyó sería la sacrificada, perdió menos de lo que se temía, menos desde luego que lo abandonado por el tratado con Inglaterra que intentó celebrar algún tiempo antes. Pero por pequeño que fuera el despojo, no podía ser indiferente para los que consideramos á esa nación como una hermana, y contamos los agravios que recibe como si se nos hicieran á nosotros mismos. El apoyo de España, en la medida que podía dársele, no le faltó en esa ocasión, y se equivocan mucho los que otra cosa puedan suponer ó hayan querido afirmar: pruebas hay que demuestren la verdad de mis asertos. De todos modos el despojo, por pequeño que fuese, es tan inicuo, tratándose de una nación que ha hecho más que todas las otras para el descubrimiento y la civilización del África, que no deben estar orgullosos de su hazaña los que cometieron tan gran injusticia, abusando de la debilidad actual de nuestros vecinos.

Mucho de esto lo dije en mi anterior conferencia, pero no está demás repetirlo. Indiqué también las atenciones que había recibido en Alemania, no debidas ciertamente á mi insignificante persona, sino al país que representaba; añadí que cuantas veces tuve ocasión de hablar con el Emperador, el Príncipe imperial ú otros personajes de la corte, escuché las frases más halagüeñas para nuestro Rey y nuestra nación, con las protestas más ardientes de simpatía; observé además el esmero que ponían los alemanes en estudiar y apreciar nuestros trabajos científicos y literarios y la benevolencia é imparcialidad con que nos juzgaban. Creí tener demostración completa de esa misma simpatía, al ver la que se mostró por nuestras desgracias cuando los terremotos de Andalucía, promovándose suscripciones del pueblo y del ejército, funciones de teatro, rifas y utilizando otros medios para socorrer á las vícti-

mas, remitiendo en breve plazo, cantidades relativamente considerables, y muy superiores á las recolectadas por otros países. ¡Cómo había de sospechar entonces que estos actos habían de tener bien pronto una compensación tan fatal!

Yo no quiero creer todavía que el pueblo y la corte alemana se hagan cómplices del atentado anunciado por su canciller, que intenta arrebatarnos una parte de nuestro territorio; pero si pasaran algunos días más sin que los primeros protestaran y se opusieran á ese despojo, haciéndose cómplices del mismo, entonces el agradecimiento por el beneficio anterior quedaría borrado ampliamente por la enormidad del agravio, y mi opinión sería que, para no tener ni aún el peso del mismo agradecimiento, se devolvieran á Alemania los miles de reales que nos enviaron; los mismos que sufrieron con los terremotos rechazarían indignados ese socorro, y en todo caso, la nación podría reintegrarlo ó reunir igual suma por medio de una suscripción particular.

Por lo mismo, señores, que mi error y mi desengaño han sido tan grandes, desconfío muchísimo de las seguridades que parece quieren darnos, á última hora, indicando que se examinarán y pesarán los derechos antes de tomar una resolución definitiva. Sospecho que estas frases encubren una nueva perfidia para distraer nuestra atención, y para que nos adormezcamos otra vez ante esas seguridades y aplazamientos. Bueno es esperar las explicaciones, pero debemos vivir prevenidos para evitar mayores males y días más funestos para nuestra querida patria. Además, me subleva la idea de que puedan ponerse en duda nuestros derechos, ó que venga á pedirnos Alemania la demostración de ellos y á indicar la posibilidad de un arbitraje, que sería mengua aceptar, bajo ningún concepto. Puede aceptarse, sin duda, cuando hay derechos dudosos, ó los alegan diferentes dos naciones; pero cuando la una no tiene el menor derecho, por limitados que sean los de la otra, y no es felizmente éste el caso de España, no puede apelarse al fallo de un tercero.

Por otra parte, no es ciertamente aquel á quien se despoja de lo suyo el que debe dar explicaciones; sería lo mismo que

si alguno nos arrebatase una prenda, ó nos anunciara la intención de tomarla, y se atreviese á exigirnos después que justificásemos era real y legítimamente nuestra antes de renunciar á su presa.

Tampoco debemos confiar mucho en las simpatías que han empezado á manifestarnos ahora las naciones extranjeras: yo las agradezco sinceramente si son desinteresadas, pero confieso que hay algunas que me sorprenden y casi debieran ofendernos. Se fundan, al parecer, en la admiración que ha producido nuestra actitud decidida ante el conflicto pendiente, y en verdad que no debíamos creer se hubiera olvidado lo que ha sido siempre carácter distintivo de nuestra nación: no arrendarnos ante el peligro, ni contar nuestros enemigos ó sus recursos. No están tan lejos de nuestros días aquellos en que lo hemos demostrado resistiendo al genio invasor de Napoleón I, cuando media Europa se había doblegado á su yugo. Todavía en fecha más próxima, y en los momentos en que una nación vecina no hallaba en la masa de sus habitantes aquella energía indispensable para resistir al enemigo, se recordaban estos hechos y venía á buscarse entre nosotros el medio, la *receta* podía decir usando una frase vulgar, para organizar la defensa nacional ó levantar guerrillas, y bien se conoció entonces que no en todos los países abundan, como en el nuestro, los *ingredientes* para aquella: un gran corazón, el desprecio de la vida y el sacrificio de todas las comodidades ó bienes, más difícil á veces de sufrir que el riesgo personal, pero que felizmente no han esquivado nunca los españoles.

Hay otro ejemplo bien reciente también, poco conocido de los extranjeros y que conviene no olvidemos tampoco. Cuando hace pocos años, la nación se veía combatida por una guerra civil asoladora, y por revueltas y trastornos más terribles aún, en triste estado nuestra Hacienda, fué preciso hacer nuevo sacrificio para salvar una parte del territorio, la Isla de Cuba, donde sosteníamos lucha sangrienta, y entonces, en menos de dos meses, logramos enviar allí 18.000 soldados con todos los recursos necesarios y sin emplear otros medios que los que teníamos en el país. Compárese este esfuerzo supremo y sus

resultados con lo que ha hecho Inglaterra en la guerra de Abisinia y en la más cercana de Egipto, ó Francia en la del Tonkín, para enviar allí un número menor de soldados, lo que han tardado en ejecutarlo y los elementos que han puesto en juego, á pesar de la inmensa superioridad de su marina y de su riqueza. A una nación capaz de estos actos de gran virilidad, no puede humillársele impunemente.

Distraído por estos episodios, no he completado mis ideas acerca de las simpatías de algunas naciones; más que las palabras valdrían los hechos, y que no hubieran dado antes á Alemania un funesto ejemplo. Inglaterra nos arrebató hace pocos años el territorio del Norte de Borneo, que nos pertenecía por solemnes tratados como propiedad del Sultán de Joló, nuestro vasallo, y que cuenta una superficie de 50 á 60.000 km.², la novena parte de la de España, con elementos de gran valía y con puertos y posiciones del mayor interés para la defensa de nuestras Filipinas y de los mares que las bañan. Negociaciones sobrado reservadas y mal dirigidas, hicieron que el país no se diese cuenta de este despojo, ignorando también el valor de lo que perdía y los derechos que teníamos á su posesión. Francia ha dado á su vez otro mal ejemplo disputándonos y queriendo arrebatarnos, desde hace años, los territorios que poseemos legítimamente en el Golfo de Guinea, despreciando nuestros derechos y desoyendo nuestras reclamaciones, al paso que celebraba ocultamente con los indígenas contratos que no quiero calificar. Con ello han alentado á Alemania, que siguió allí igual sistema, usando la misma doblez, hasta el punto de no señalar estas usurpaciones en la nota pasada á las Potencias, cuando las declaraba en los escritos que presentó á su Parlamento, cobrando así ánimos para depredaciones más inicuas.

Ha querido excusarse el acto de las Carolinas fundándose en los acuerdos de la Conferencia de Berlin; pero esto es un error que no puede sostenerse. Las decisiones de aquella se refieren exclusivamente al continente africano, y en realidad, sólo deberían tener valor para las costas Occidentales de África, porque los representantes de las diversas naciones llevaron

poderes ilimitados para tratar de dichas costas y de la libertad de comercio y navegación en las cuencas del Congo y del Níger, objeto especial de la convocatoria. El texto final de los acuerdos lo demuestra así, estableciéndose en ellos *las condiciones esenciales que deben llenarse para que las nuevas ocupaciones en las costas del Continente africano sean consideradas como efectivas*. En los dos artículos referentes á este asunto, se confirma la limitación al África y además á las tomas de posesión, *fuera de las posesiones actuales* que tenga alguna Potencia, ó para aquellas naciones que no teniéndolas ahora llegasen á adquirirlas ó á establecer un protectorado. Tan sólo en estos casos, y siempre para el África, hay necesidad de notificar el hecho á las otras Potencias, y la obligación de asegurar en los territorios ocupados, *la existencia de una autoridad suficiente para hacer respetar los derechos adquiridos*. Tales son los acuerdos y las palabras textuales; de modo que España, dueña desde la época del descubrimiento, de las islas Carolinas, ni aún tiene necesidad de establecerse en ellas para sostener su dominación.

Por otra parte, ¿quién tendría derecho, señores, para pedir ó exigir de otra nación los puntos que habría de ocupar en sus territorios á fin de que estos fuesen respetados? ¿Podrá tenerlo sobre todo, Alemania que hasta ahora nada ha hecho para el descubrimiento y la civilización de la Oceanía más que apropiarse una parte notable de la Nueva Guinea y muchas islas vecinas bautizadas recientemente con el ridículo nombre de Archipiélago Bismarck? Y digo ridículo, no por el personaje, que acaso ensalzaría si yo fuese alemán, pero que no puedo juzgar benévolamente después de su incalificable agresión: verdad es que aun siendo su compatriota, tampoco le aplaudiría por sus usurpaciones, que al fin y al cabo estas se pagan más ó menos tarde. Hasta ahora se habían conservado á las tierras ó archipiélagos del Globo los nombres de sus descubridores ó los que ellos les asignaron, y si envidia la gloria de los ilustres navegantes, confieso que no miro con igual respeto la denominación nueva, debida á una baja adulación.

No es ciertamente España la única nación que tiene sin

ocupar todos los territorios y las islas que posee: la ocupación total sería siempre ruinosa y casi imposible. Inglaterra no puso establecimientos ni domina acaso, en la mitad de Australia é islas inmediatas; Holanda apenas cuenta un solo puesto en la gran porción de Nueva Guinea que se apropia, y no creo lleguen á tres los que Francia sostiene en los archipiélagos reunidos de las Islas Marquesas, las de la Sociedad ó Tahiti, las Tuamotú y otros grupos menores que representan una extensión tan considerable como los que forman nuestro dominio en la Micronesia. No sé tampoco cuántos puntos ó islas se propondrá ocupar realmente Alemania en las extensas colonias que se ha adjudicado, con el solo derecho de la voluntad ó de la fuerza, en África y en Oceanía. En todo caso, podríamos esperar á que nos diese ejemplo, aun olvidando que no se trata de nuevas adquisiciones, sino de otras que llevan bien remota fecha.

España no ha ocupado en los primeros tiempos, ni cobrado tributos, en todo el vasto archipiélago filipino, y solamente en los últimos años ha extendido su ocupación á varias islas ó trozos importantes de otras en la parte del Sur, quedando todavía muchas menores, que ni están guarnecidas ni podrán estarlo; pero nadie ha dudado por ello de nuestro derecho á estos territorios. Lo mismo sucede en las islas Marianas, donde sólo están realmente ocupadas y pobladas las más meridionales, bastando su dominación para extender nuestros derechos á las demás, y á los grupos de las Carolinas occidentales, centrales y orientales, que han formado siempre parte de la provincia conocida con el nombre de *Marianas, Palaos y Carolinas*.

A principios de este siglo, en el año de 1815, se estableció en la isla de Agrigán, que es de las septentrionales de las Marianas, una colonia de ingleses, anglo-americanos y habitantes de Hauai, sin autorización del gobernador de la provincia, y bastó el hecho para que se enviaran tropas y se les hiciera desalojar el punto invadido.

Verdad es que no basta el acto de la toma de posesión de un territorio para asegurar la dominación constante: si fuera

suficiente, España y Portugal dominarían en la mayor parte del Mundo, porque á estas dos naciones se deben casi exclusivamente los primeros conocimientos y actos de soberanía en casi toda el África, en gran parte del Asia, en América y en todas las grandes islas y archipiélagos que forman la Oceanía; pero hay notable diferencia de una toma de posesión olvidada después, y de las que se han verificado en las islas Carolinas, consideradas siempre como parte de nuestros dominios, donde se han realizado actos de verdadera ocupación, y donde ha corrido la sangre española de nuestros soldados y misioneros, no para conquistarlas ó alcanzar ventajas comerciales de sus atrasados habitantes, sino para llevarles la luz religiosa y los adelantos de nuestra civilización.

Más adelante enumeraré todas las razones en que podemos fundar nuestro dominio. Desgraciadamente no es sólo preciso difundir estos conocimientos entre los extranjeros, sino entre nosotros mismos, porque tales hechos son muy poco conocidos, y conviene ilustrar la opinión pública. En España no se estudian estas cuestiones por la generalidad de las gentes, aun por aquellas que pretenden pasar por entendidas, ni por los mismos gobernantes. Así hay que enterarse de ellas apresuradamente cuando llega el momento de utilizar el mismo conocimiento, y se pierde en estudiar el tiempo que debía dedicarse exclusivamente á sostener con energía nuestros derechos.

Varias veces he tratado yo estas cuestiones en la Sociedad Geográfica, y con mayor ilustración lo han hecho otros de mis distinguidos consocios, procurando todos inculcar en el país y en nuestros Gobiernos, á los que hemos acudido repetidamente, la necesidad de atender á las cuestiones exteriores. Sin pensar en engrandecimientos que serían ridículos y hasta ruinosos, urgía procurarse aquellos puntos que son indispensables para la seguridad de nuestros territorios ó para el desarrollo de nuestros intereses más inmediatos. Se ha hecho más: la Sociedad ha invitado galantemente á debatir estas cuestiones á todos los que desearan tomar parte en la discusión; pero siento decirlo, muy poco hemos conseguido. A mí mismo, y

en este sitio, se me ha censurado diciendo que pretendía abarcar demasiado, atendiendo al complemento necesario de los territorios que poseíamos, y porque no me fijaba exclusivamente en lo que convenía á una y determinada fracción de nuestro país. Se me criticó, porque abogaba en favor de la adquisición de puntos en Marruecos, indispensables para todas las contingencias de un porvenir sobrado próximo y temeroso siempre; porque pretendía completar con las costas de Camarones, á las que teníamos antiguos derechos y que luego nos han arrebatado los alemanes, lo que necesitábamos para hacer valer los puntos que allí poseemos; porque hablaba de la necesidad de asegurarnos una escala en el Mar Rojo y de ocupar algunas de esas mismas islas Carolinas, lo que ya había consignado en mi mapa de ellas publicado en 1852. ¡Cuántos males se hubieran evitado con habernos atendido!

Dejando lamentaciones ya inútiles, y pensando principalmente en los medios de salvar lo que todavía nos queda, voy á señalar alguna de las causas que han podido influir para la acción incalificable de Alemania. Un español que no quiero nombrar, un desgraciado, que bien debe arrepentirse de sus errores si conserva una gota de sangre española en las venas, se atrevió á indicar á los alemanes por carta publicada hace dos meses y medio en un periódico de Berlin, que España debía cederles las islas Chafarinas para que, ocupándolas y fortificándolas convenientemente, fuese esa nación nuestro apoyo contra los franceses, compensándose ella con el beneficio de una posición tan importante en el Mediterráneo. Apenas puede concebirse aberración ó extravío semejante: la Sociedad Geográfica, además de su protesta, que ya había formulado antes la de Africanistas y Colonistas, arrojó á ese individuo de su seno. Algunos franceses han creído que este hecho no era aislado, y que tal vez tan descabellada propuesta podría ser efecto de convicciones arraigadas en nuestro país, ó apoyada por nuestros Gobiernos, cuando nosotros, que no esperamos bajo ningún concepto que Francia desconozca nuestros derechos, no habríamós tampoco de buscar aliados que los defendieran, contando como contamos siempre, con el

propio esfuerzo. Al hecho se le ha dado más valor del que merecía, y momentos antes de entrar aquí se me ha mostrado un periódico francés que hace comentarios sobre el mismo. Acaso el famoso canciller ha podido pensar que de igual modo que un español buscaba su auxilio para la defensa de nuestros intereses africanos, podríamos ver, no sólo con resignación sino hasta con gusto, que se posesionaran de nuestras islas Carolinas para defender desde allí, con mayor eficacia, cualquier agresión que se tramara contra las cercanas Filipinas: inocentada sublime había de ser el introducir el lobo en medio de nuestro rebaño; pero no era menos cándida la otra proposición.

Si este hecho no se escapó á la alta penetración de nuestro actual enemigo, sin duda que no pudo pasarle inadvertido el lamentable precedente de nuestra debilidad y abandono en la cuestión de Borneo, territorio que nos hemos dejado arrebatarse sin haber protestado siquiera del despojo. ¡Fatal ejemplo que hemos de llorar con lágrimas de sangre! Al canciller le parecería muy llano ir ocupando sucesivamente algunas de nuestras islas, primero Mindanao, donde también quieren negarnos derechos—al menos en una parte de la isla, porque no estaba ocupada toda hace algunos años, y por más que lo esté hoy día (1); después la Paragua ú otras islas que se hallan en caso análogo, acaso con el pretexto también de proteger mejor nuestra dominación en las demás, y más tarde podría pensar en otras islas situadas en diversas partes del mundo y en distintos mares, que todavía cuenta España con bocados bastante sabrosos para excitar el apetito colonizador y voraz que se ha apoderado de nuestros antiguos amigos ó protectores. En resumen, se propondrían comerse una á una las hojas de la dulce alcachofa que forman nuestras antiguas colonias, y llegar acaso hasta el cogollo ó corazón de la misma. Pero han

(1) En el mapa de las Filipinas que publiqué también en 1852, se marcaban con color verde los territorios que no estaban ocupados en aquella fecha; pero advertía en las notas de signos convencionales, que dichas posesiones correspondían á los Sultanes de Mindanao y Joló, *que reconocen la soberanía de España*. Con dicho color señalaba también la parte española de Borneo.

olvidado que ese corazón es el de España, y que por más decaídos que estemos, nos sobra brío para contener su audacia, y que una vez despiertos no consentiremos nos arranquen un solo palmo de terreno sin agotar nuestros últimos recursos y sin derramar toda nuestra sangre.

No he pensado en reunir los datos que voy á presentaros con la idea de oponer argumentos á la presunta usurpación, y demostrar nuestros derechos á las islas Carolinas: ante la Alemania debemos exponer solamente nuestra inquebrantable resolución de conservar lo que poseemos, ya que ella no puede presentar más razón que la de la fuerza. Sin embargo, bueno es que las demás naciones conozcan los hechos en que nos fundamos, y que los conozcamos nosotros mismos. Hace muchos años, desde que publiqué mi citado mapa, he estudiado con interés la mayor parte de lo que se ha escrito sobre nuestras posesiones oceánicas; pero en estos días he examinado además gran número de documentos, manuscritos é inéditos, que completan y rectifican muchos de los datos consignados en las publicaciones españolas ó extranjeras, fundándose las últimas, sobre todo en lo que se refiere á la parte histórica, en los detalles suministrados por nuestros antiguos escritores. Los derechos de España á las Palaos y Carolinas que quieren presentarse como escasos y dudosos, se fundan, sin embargo, en la prioridad del descubrimiento; en la toma de posesión y ocupación antigua de algunas islas; estudios sobre sus territorios; relaciones sostenidas con los indígenas, declaración constante de nuestra soberanía y en los propósitos y actos para la nueva y constante ocupación. Trataré con separación de estos diversos puntos, procurando acortar cuanto sea dable para no abusar de vuestra paciencia.

Prioridad del descubrimiento y toma de posesión.—Hasta esto han querido disputarnos los extranjeros, desconociendo todo lo que hicieron los primeros navegantes españoles, y alentados por el descuido que hemos tenido siempre para dar á conocer nuestras empresas, dejando permanecer en el olvido é inéditos documentos que atestiguan antiguas glorias. Con

igual abandono hemos visto ir desapareciendo de los mapas de la Oceanía los nombres que dieron á sus numerosas islas los primeros descubridores, y su reemplazo por los que les asignaron marinos extranjeros que las avistaron de nuevo. Pudo contribuir á lo último, la circunstancia de que las primeras situaciones eran poco exactas, cosa natural dada la imperfección de los instrumentos y métodos para la observación, y así se juzgaron nuevos descubrimientos, los que estaban realizados muchos años antes. En otras ocasiones se creyó descubrir una misma isla, cuando eran diversas las encontradas, y también se dieron dos nombres y situaciones á un mismo grupo. Era tal, hasta la primera mitad de este siglo, la confusión en el archipiélago Carolino, que sólo cesó cuando los geógrafos tomaron el oportuno acuerdo de usar con preferencia, y casi exclusivamente, las denominaciones que dan los indígenas á las diferentes islas ó grupos.

Han querido fundarse además en el hecho señalado por varios autores modernos de que fué un portugués, *Diogo da Rocha*, quien descubrió en 1526 las pequeñas islas que llamó de *Sequeira*, suponiendo también que volvió á avistarlas en 1528. Hay gran variedad en las apreciaciones de este hecho, del cual me ocuparé en otro lugar por no fatigaros más; y se duda cuáles fueron las islas nombradas en realidad de *Gomez de Sequeira*, apareciendo probable que no sean las isletas al Oeste de las *Pelíu*, que llevan el nombre de *Sequera*, acaso tan erróneamente como el de *Matelotas*, que tampoco les corresponde. De todos modos, este descubrimiento aislado no disminuye el mérito de nuestros primeros navegantes ni nuestros derechos.

En el mismo año de 1526 avistaban los españoles la isla que llamaron de *Sanct Bartholomé*, la más Nordeste del grupo de las Carolinas Orientales; pero conviene seguir por orden cronológico la historia de los descubrimientos. El primero en estos archipiélagos se debe al ilustre *Hernando de Magalhães*, portugués de origen, pero ya al servicio de nuestra nación, y mandando una armada española de cinco naves. Después de haber cruzado el Estrecho á que dió su nombre, y de surcar

el mar denominado antes del *Sur*, y que él bautizó con el nombre de *Pacífico*, llegó el 6 de Marzo de 1521 á ponerse entre las islas llamadas *Guam* y *Zarpana* por sus naturales, que son las denominadas hoy de Guaján y Rota en las Marianas. Magallanes dió á esta cadena de islas el nombre de las *Velas Latinas* por la forma triangular de las que usaban los indígenas en sus barquichuelos, y de *Los Ladrones* por los hurtos que aquellos cometieron, incluso el del batel ó esquife de una de las naves. Algunos historiadores aplican equivocadamente el nombre de *San Lázaro* á este archipiélago, que asignó el mismo Magallanes á las islas llamadas más adelante Filipinas, en una de las cuales, como es bien sabido, halló la muerte, llegando luego el 8 de Noviembre á las Molucas, punto á donde se dirigía la expedición, las naos *Victoria* y *Trinidad*, únicas que quedaban de su armada.

Algunos escritores portugueses contemporáneos, celosos de la gloria de Magallanes y disgustados por verle al servicio de España, quieren disminuir el mérito de sus descubrimientos y suponer que anduvo perdido entre varias islas del Pacífico, llegando á latitudes más altas antes de arribar á las Filipinas; pero son infundados sus asertos.

La *Victoria* regresó á España saliendo el 21 de Diciembre á cargo del célebre Juan Sebastian del Cano, primero que dió la vuelta al Mundo, y la *Trinidad* partió en 6 de Abril de 1522, mandada por Gonzalo Gómez de Espinosa, con intento de volver á Panamá llegando á una de las islas del Norte de Marianas, que estaba en 20°, y después de subir hasta la latitud de 42°, se vió forzada á retroceder tocando al regreso en otra á 20 leguas de la anterior, y que se cree era la de Tinián, donde quedaron tres españoles, uno de ellos Gonzalo de Vigo, de quien hablaré más adelante.

Después de llegar á Sanlúcar de Barrameda, el 6 de Setiembre de 1522, la nao *Victoria*, empezó á organizarse nueva armada de siete buques que salió de la Coruña el 24 de Julio de 1525, al mando de Frey García Jofre de Loaysa, yendo en ella también Juan Sebastián del Cano. Dirigióse igualmente por el estrecho de Magallanes en demanda de las Molucas;

pero antes de llegar fallecieron sucesivamente su general y Sebastián del Cano, que le sucedió por breves días, reemplazándoles Toribio Alonso de Salazar que la mandaba el 22 de Agosto de 1526, cuando avistaron la isla de *Sanct Bartholomé* que mencioné antes, la cual se denominó más tarde de *Gaspar Rico*, sin razón alguna, y que es la llamada *Taongui* por los indígenas. El 4 de Setiembre llegaron á *Guahan* en las *Ladrones*, donde se les presentó Gonzalo de Vigo, quien después de ver asesinar á sus dos compatriotas, había tenido energía bastante para recorrer en las canoas de los indígenas las trece islas principales que forman la cadena de dichas islas, llamadas hoy Marianas, la cual se extiende de Norte á Sur. Esto probará el temple de alma de aquellos marinos españoles, y su afán é interés por los nuevos descubrimientos. Después de salir de Guaján, y en marcha para las Filipinas y las Molucas, murió también Salazar en 13 de Setiembre, sin que sea necesario ocuparse de otros pormenores de esta desgraciada expedición de la que sólo llegó á su destino la almiranta *Santa María de la Victoria* en 1.º de Enero del siguiente año.

Para saber de la nao *Trinidad*, de la expedición de Magallanes y de las de Loaysa, salió otra armada de tres naves al mando de Álvaro de *Sayavedra* ó Saavedra, del puerto de Siguatanejo en Nueva España, el 31 de Octubre de 1527, con dirección al Maluco y también se perdieron dos de sus buques, el 29 de Noviembre; supónese que fueron á dar hácia la nombrada isla de San Bartolomé ó en algunos bajos que existen antes de llegar á la misma por aquellas derrotas, si no fué en otras islas más occidentales, lo que también es posible y sostienen otros. El 29 de Diciembre llegó la capitana á las islas de los *Ladrones*, sin poder desembarcar en ellas, y en 1.º de Enero de 1528 á unas islas bajas que formaban dos grupos; los recorrió en gran extensión, avistando varias de sus islas y también otra mayor y alta, no muy distante. A estos grupos llamaron *Islas de los Reyes*, por haber estado en ellas el día que se celebra esta fiesta de la Iglesia, permaneciendo allí hasta el 8 de Enero. Desembarcaron en algunas islas pequeñas y se duda si lo hicieron también en la isla alta, por lo breve é

incompleto de las relaciones de este viaje. De todos modos, consta que el 3 de Enero tomaron posesión de estos Archipiélagos á nombre de la corona de Castilla, haciendo bajar á tierra el Maestre de Campo con algunos soldados. Los antiguos historiadores que consignan el hecho, confunden el sitio, creyendo que la toma de posesión tuvo lugar en la isla de Guaján, ó sea en las Marianas, donde no llegó á fondear Saavedra, según he dicho. Las nombradas de los Reyes, son las que forman los dos grupos conocidos por los indígenas con los nombres de *Ulevi* ó *Uluti* y que los nuestros llamaron más tarde de *los Garbanzos*: este nombre se debe á la circunstancia de que algunos carolinos, llegados á Guaján, marcaron con garbanzos la situación respectiva de las islas. La alta es la de *Yap*, origen principal de los sucesos que motivan las complicaciones actuales.

Saavedra prosiguió su viaje á las Molucas, tocando en la de Mindanao, y después de otros sucesos, que no es preciso relatar, salió de Tidore en 3 de Junio del mismo año para regresar á Nueva España parando primero en la isla nombrada *Payne* ó *Payme*, probablemente la actual de Mysory y tal vez mejor la de Jobie, á la que llamó *del Oro*, que es una de las *Pápuas*, y luego corrió 100 leguas entre islas, al lado de una mayor, hasta llegar á la de *Urays la grande*, que se cree corresponde á la del Almirantazgo. Parece que en el descubrimiento de las islas occidentales de los *Pápuas*, le precedió en 1526 ó 1527 el portugués D. Jorge Menezes, aunque el hecho no está muy justificado: de todos modos es probable que se tuviesen algunas noticias de aquellas durante la permanencia de los portugueses en las Molucas desde 1511. Alejándose Saavedra de estas costas, encontró otras islas en los 7° de latitud Norte á las que no señaló nombre, pero que deben ser las de *Ruc* ú *Hogoleu*, arribando luego á una de *Ladrones* y á Tidore en 19 de Noviembre de 1528, en vista de que no podía continuar su viaje.

Volvió á salir en 8 de Mayo de 1529, y siguiendo una derrota análoga, tocó también en la isla de *Urays* y al Nordeste de ella descubrió, el 14 de Setiembre, otra que unos escritos colo-

can en 6 y otros en 7° grados de latitud Norte, y que corresponde por sus señas á la llamada hoy *Ualán* ó *Kusaie*. En algunos de los manuscritos se habla de cuatro islas pequeñas cercanas á ésta, que pudieran ser las de algún grupo inmediato; pero más bien parece confusión con las que avistó Saavedra más adelante, pues al paso que unos manuscritos sólo señalan un grupo, otros con mayor minuciosidad y detalle, designan dos distintos, descubiertos el 21 de Setiembre y 1.° de Octubre, suprimiendo la designación de las islas contiguas á la mayor y más alta. Los últimos grupos corresponden á los más occidentales del llamado, con bien poca razón, archipiélago Marshall y son evidentemente los denominados de *Uyae*, *Tagai* ó *Taka* y *Udiric* ó *Ulirik* por los indígenas.

Según algunos historiadores, que no sé de donde tomaron la noticia, Saavedra puso á estas islas los nombres de *las Pintadas* y del *Buen Jardín*, pero tales nombres, así como los asignados á las islas vistas antes, no constan en las relaciones originales, deduciéndose, si acaso, el primer nombre, de los detalles que da de los habitantes del tercero. En dicho grupo de islas, permaneció Saavedra ocho días comunicando amistosamente con los naturales, cuyo número calcularon en unos mil, y debió tomar también posesión del mismo en nombre de España, pues en los manuscritos se dice que allí *alzaron una bandera*. Pocos días después, el 9 de Octubre, murió el mismo Saavedra, y ocho más tarde el que le había sucedido en el mando, regresando la nave *Florida* á las Molucas en 8 de Diciembre de 1522. Saavedra tenía el plan, al volver á Nueva España, de proponer al Emperador se trabajase en la unión de los mares Atlántico y Pacífico que había proyectado por cuatro puntos diferentes: del Golfo de S. Miguel á Uraba, por Panamá, por el lago de Nicaragua ó por *Teguantepeque*, que son justamente los que se han venido estudiando desde entonces.

Ahora corresponde citar la desgraciada expedición de 1536, que salió de Acapulco á cargo de Hernando de Grijalva en el navío *Santiago*, mandando Fernando de Alvarado un patache que le acompañaba. Después de tocar en las costas del

Perú y de larga navegación, habiendo muerto el jefe, dieron con la capitana en la costa de Nueva Guinea, pereciendo casi toda la tripulación y teniéndose sólo noticias de su viaje por las declaraciones de Miguel Noble, uno de los dos españoles que salvaron la vida, pero quedando cautivos: aquel fué rescatado en 1539 por el Gobernador portugués de Ternate Antonio Galvaõ. Según sus asertos, después de navegar largo plazo por el Pacífico, y siguiendo muy cerca del Ecuador, al Norte ó Sur del mismo, llegaron á las islas de los *Pápuas*, tocando en las de *Quaroax* y *Meumcum*, y decidieron varar cerca de *Sabaym*, donde entraba un gran río. Nada resulta, al parecer, por esta relación para los descubrimientos en las Carolinas, y sin embargo, es seguro que avistaron algunas de las islas situadas en las cercanías del Ecuador. Se duda también si el patache de Alvarado, acompañó á Grijalva en la empresa, y aún se supone que el primero regresó á Nueva España desde el Perú.

El mismo gobernador Galvaõ en sus apuntes sobre descubrimientos hasta 1550, que se publicaron trece años después, dice terminantemente que *Grijalvares* y *Alvarado* descubrieron la isla *O Acea* en 2° Norte, y luego la de *los Pescadores*, y al Sur del Ecuador las de *Haime*, *Apia* y *Seri*: volviendo al Norte y en 1.° por esta parte, surgieron en la de *Coroa*. y luego al Sur fueron á las de *Meonsum* y *Bufu* de los *Pápuas*. No me detendré en señalar la situación probable de estas islas, que dejo para otro lugar.

Dice también Galvaõ que descubrieron las isletas *dos Guedes* en 1° Norte, señalando su distancia á Ternate, y así concuerdan aquellas perfectamente con las llamadas hoy de *Pegan*. Argensola atribuye también á Alvarado el descubrimiento de las islas de *Gelles*, indudablemente las mismas de los *Guedes*, pero atribuye erróneamente el hecho al bien conocido D. Pedro Alvarado, que no estuvo en estas regiones. Los últimos descubrimientos debieron verificarse en 1537.

A esta expedición, y también con la mira de descubrimientos en el mar del *Sur* y conquista de las *islas de Poniente*, siguió la mandada por Ruy López de Villalobos, que pasa, sin

razón, por el descubridor de las Carolinas, cuando vemos que ya antes se habían avistado varias islas ó grupos y algunas de las más principales. Salió igualmente de Nueva España y del puerto de Juan Gallego ó de la Navidad, en 1.º de Noviembre de 1542, con seis buques. Después de descubrir otras islas y bajos, al llegar á la región de que me ocupo, en Pascua de Navidad, el 26 de Diciembre, vió un archipiélago de islas bajas tocando en una de ellas que llamó de *San Estévan*, así como al grupo *Archipiélago del Coral*, por las muestras que de él vieron, permaneciendo allí hasta el día de Reyes de 1543. En el mismo descubrió otro grupo semejante, que llamó de *los Jardines*, considerando á entrambos como de la *cordillera* de las islas *Ladrones*. Algunos escritores suponen que fueron tres los grupos descubiertos por Villalobos: los de *Reyes*, del *Coral* y *Jardines*, y en las relaciones inéditas de las navegaciones siguientes, consta también la existencia de los tres grupos. En los documentos originales del viaje solo aparecen los dos citados, aunque no sería tampoco imposible alguna omisión ó equivocación en los primeros escritos, como ha sucedido en las relaciones del viaje de Saavedra. Puede ser que al *del Coral* se le diese también el nombre de *los Reyes*, por estar allí en esa fiesta, ó se distinguiesen con ambas denominaciones dos grupos muy inmediatos; tampoco debe olvidarse que Villalobos iba en busca de otras islas llamadas igualmente de *los Reyes* por Saavedra. Es siempre muy digno de notarse que diese la denominación del *Coral* ó de los *Corales* á uno de estos archipiélagos, acertando así con el más exacto que debía llevar su conjunto, pues más bien, y con mayor razón, que islas *Carolinas*, pudieron llamarse *Coralinas*. De todos modos, debería conservarse aquel nombre á la sección que hoy lleva el de Marshall.

Después de estos descubrimientos, sufrió la armada una furiosa tormenta, y habiendo avanzado largo trecho hácia el Occidente, llegaron á una isla pequeña, en la que se sorprendieron no poco, al ver que, adelantándose los indígenas, les hicieron con las manos la señal de la cruz y les saludaban diciendo, *buenos días matalotes*. Igual salutación recibieron más

adelante en otra isla, poniendo á la anterior el nombre de *Matalotes* y á esta el de *Recifes* ó *Arrecifes* por los muchos que la rodeaban. Indudablemente habrían permanecido en ellas algunos de los españoles perdidos en las navegaciones anteriores. Generalmente se ha creído que la isla de *Matalotes* era una de las descubiertas por *Sequeira*, ó mas bien de las de *Lamolaur-Uli*, ó *Ngoli*, y que la de *Arrecifes* corresponde á las verdaderas *Peliiu* ó Palaos; pero la descripción que se hace de la primera, indica indudablemente que es la de *Féis*, y la distancia á la segunda, así como su latitud y el hablarse de una sola isla, no de un grupo de islas como son las *Peliiu*, demuestra completamente que es la de *Yap*, la cual se halla cercada, lo mismo que aquellas, de arrecifes en considerable extensión.

Algunos historiadores se han equivocado también suponiendo que Villalobos tomó posesión por la corona de España de las islas *Peliiu*, y que se propuso colonizar en ellas: confunden el hecho con la toma de posesión efectuada en la bahía que llamó de *Málaga*, de la gran isla de Mindanao, que denominó *Cesárea Karoli*, á cuyas costas llegó el 2 de Febrero. Otros se equivocaron igualmente atribuyéndole el descubrimiento de varias islas del grupo central de las Carolinas; pero según los datos más auténticos, Villalobos no hizo nuevos viajes en estas regiones, y después de recorrer algunas de las islas vecinas, entre ellas la que llamaban entonces *Tendaya*, que es la de Leyte, á la que él dió el nombre de *Filipina*, y de varias vicisitudes, se dirigió á las Molucas, faltando á sus compromisos de no llegar á ellas. Siguiéron muchas y justas representaciones de sus gentes, y al fin, en 18 de Febrero de 1546 emprendió la vuelta á España, hallando la muerte en Ambon, ó Amboina, asistido por San Francisco Xavier en sus últimos momentos.

Antes de estos sucesos y perdidas la mayor parte de las naves de la armada, estando en la isla de *Sarrangan* ó Sarangani, á la que llamaron *Antonia* y que está al Sur de Mindanao, salió en la capitana *San Juan*, Bernardo de la Torre, llevando como piloto á Gaspar Rico, en 4 de Agosto de 1543. En la lati-

tud de 26° descubrieron una isla pequeña, á la que parece denominaron *Mal-Abrigo*, luego otras dos, poco distantes, que nombran *Dos Hermanas*, y tres más, una de ellas con un volcán, que llamaron *Los Volcanes*, y todas hacia el Norte de las *Ladrones*, y en los grupos que conservan el mismo nombre de los Volcanes y los del Arzobispo y Bonin. En 18 de Octubre se hallaban en altura de 30°, pero no pudieron seguir adelante por falta de vientos favorables, y tuvieron que volver á Filipinas y á las Molucas, llegando á Gilolo el 7 de Noviembre.

Algunas relaciones de esta expedición, señalan el descubrimiento del bajo de *Abre-ojo*, antes de las primeras islas, el de otra despoblada que llamaron *La Farfana*, y la circunstancia de haber tocado al regreso, entre 15 y 16°, en algunas isletas de las *Ladrones*.

El mismo buque, pero ya al mando de Íñigo Ortiz de Retes, volvió á salir el 16 de Mayo de 1545 con rumbo á Nueva España y por distinta ruta. Muy importante fué esta expedición por los descubrimientos que realizó en las costas de los *Pápuas*, recorriendo 230 leguas de ellas *sin le poder ver cabo*, y avistando muchas islas contiguas. Su reseña me apartaría del objeto de esta conferencia, y la prolongaría más, aunque su detalle es poco conocido, y algunos escritores extranjeros que han estudiado con interés la historia de los descubrimientos en estos parajes, deploran la falta de muchos pormenores. Me limitaré á decir que vieron las islas grandes que denominaron *La Sevillana*, *La Gallega* y *Los Mártires*, indudablemente las de Mysory y Jobie; luego una pequeña que llamaron *La Ballena*, y cerca de ella, hallándose Ortiz de Retes el 20 de Junio en la boca del río que nombró de *San Agustín*, tomó posesión de esta tierra en nombre de España, reemplazando con el nombre de *Nueva Guinea*, por la semejanza de sus habitantes con los de la Guinea africana, el de *Pápua* que hasta entonces se le había dado, y que en lenguaje indígena equivale á negro. Parece que éstos la llamaban *Zapajo* ó *Zapafó*. Añadiré también, porque esto pertenece al asunto de que me ocupo, que en 19 de Setiembre descubrieron dos islas muy apartadas de dicha tierra, que llamaron de *Hombres blan-*

cos porque lo eran sus habitantes, y otra baja cercana, que son indudablemente las Anacoretas, y que deben contarse entre las de la Micronesia, apartándose de la Melanesia, porque no hay noticia de que hayan sido invadidas después por la raza negra. El buque tuvo que arribar también á Tidore, fondeando allí el 3 de Octubre.

Llegamos ya á la expedición de la armada de Miguel López de Legazpi, compuesta de cuatro buques y una pequeña embarcación que llevaron amarrada á la popa, y que salió del puerto de Navidad en 21 de Noviembre de 1564 para continuar los descubrimientos de las *Indias de Poniente*. En 9 de Enero, y después de haberse apartado desde 1.º de Diciembre el patache *San Lucas*, por razones que luego explicaré, llegaron á una isla que llamaron de *los Barbudos* y que corresponde á la de *Miadi* ó *Meyit*, una de las más orientales del archipiélago de Marshall. Bajaron á ella el Maestre de Campó con 30 hombres y Fray Andrés de Urdaneta, antes capitán y célebre piloto, de quien volveré á ocuparme, para tomar posesión en nombre de Su Majestad. Al día siguiente descubrieron un grupo de isletas, bautizando á dos de ellas con los nombres de *San Pedro* y *San Pablo*, que tenían la Capitana y Almiranta, y al conjunto con el de *Placeres* ó *Arrecifes* por su estructura, y mas tarde vieron otra isla que llamaron de *Pájaros*. El 12 llegaron á un nuevo grupo que designaron con el nombre de *Los Corrales* y con el de *Las Hermanas* á otro menor que visitaron el 15; todos ellos en el archipiélago de Marshall. El 23 de Enero surgieron en las islas *Ladrones* ó de los *Chamurres*, voz que significa *amigos*, y que sus habitantes repetían, y en la nombrada *Goaam* ó *Goam*. El 25 se tomó posesión en ella por la corona de España y se dijo allí Misa, siendo de notar el hecho de que precediese, en esta y anteriores expediciones, el mismo acto en las islas Carolinas. De Guaján siguieron, sin descubrir otras, á las ya llamadas entónces *Filipinas*, donde también se tomó nueva posesión, y es ocioso citar los hechos de Legazpi en ellas, bien conocidos por considerársele como su primer conquistador, poblador y gobernador.

Debo añadir, sin embargo, que de este viaje, y en lo rela-

tivo á la parte de las islas que he señalado, hay detalles curiosísimos en las relaciones inéditas de los varios pilotos de la armada, algunas con planos de las islas descubiertas y con multitud de pormenores sobre sus habitantes y costumbres, y aún algunos vocabularios referentes á la isla de Guaján. No eran frecuentes estos estudios en aquella época, y en navegantes que parece debían despreciar el conocimiento de islas tan pequeñas, cuando iban en busca de grandes tierras y de soñadas riquezas. También conviene advertir que entonces se consideraban las Carolinas orientales, ó sea el archipiélago de Marshall, como parte del general de las *Ladrones*, y que algunos años después se llamaron *islas de los Barbudos* á las mismas Carolinas orientales y á las centrales por el nombre dado á una de sus islas y las circunstancias de los indígenas de aquellos grupos.

Ya he dicho que el patache *San Lucas* se apartó de la armada de Legazpi el 1.º de Diciembre de 1564: como menor y más velero, se le hacía marchar delante para evitar los peligros de los escollos ó islas bajas. El hecho no fué casual, sino premeditado, y parece que se pusieron de acuerdo para ello su capitán Alonso de Arellano y el piloto Lope Martín, mulato muy ladino, de quien volveré á ocuparme. Su intención era adelantarse á los otros buques, llegar más pronto á las Filipinas y regresar inmediatamente, ganando la gloria y las mercedes que correspondían al General. Esta verdadera traición nos proporcionó, sin embargo, el descubrimiento de otras islas y grupos en el archipiélago carolino. De la relación que hicieron el capitán y piloto ante la Chancillería de Méjico, resulta, que el 5 de Enero de 1565 descubrieron un grupo con 36 islas bajas; otro semejante el 7; una isla pequeña y baja el 8, y otras islas con arrecifes el día 9. Todas estas se hallan también en el archipiélago Marshall, y aunque no constan los nombres que les dieron, y hay alguna vaguedad en sus latitudes y distancias que las separan, puede designarse con bastante seguridad su correspondencia con los grupos bien situados y conocidos hoy.

El 16 de Enero llegaron á unas islas altas, que por la latitud

deben ser las de *Ruc* ú *Hogoleu*, ya vistas antes por Saavedra; el 17 á tres islas en triángulo, indudablemente las de *Ollap*, *Fanadic* y *Tamatam* ó *Tamatan*; el 22 á otra pequeña con dos ó tres cayos, que es la de *Sorol* oriental; á otra isla baja el 23, que puede ser una de las de *Ngoli* ó *Lamolaur*, llegando por último, el 29 de Enero, á las costas de Mindanao. En 4 de Marzo volvieron á salir, recorriendo gran parte de las Filipinas y llevando su derrota hasta los 43° de latitud Norte; después de descubrir en los 40° un peñón alto y notable, avistaron el 17 de Julio las costas de Nueva España por la parte de California, y el 9 de Agosto fondearon en el puerto de Navidad.

Al llegar el capitán Arellano, manifestó que los otros buques se habian perdido, atribuyéndose así la gloria de los descubrimientos y la del mejor derrotero para el regreso, pero bien pronto se conocieron sus engaños, aunque no llegó á recibir el merecido castigo.

En 1.º de Junio de 1565 salió de Zebú, en las Filipinas, la nao *San Pedro*, su capitán Felipe de Salcedo, para regresar á Nueva España, muriendo en la travesía su piloto mayor Estéban Rodríguez, pero aunque iban otros, dirigió la navegación principalmente el padre Andrés de Urdaneta, verdadero descubridor de la ruta más conveniente para el regreso desde las islas de *Poniente*. Sólo hallaron un bajo peligroso en los 20° Norte, y subieron hasta los 39 largos ó 39 $\frac{1}{2}$, llegando á Navidad el 1.º de Octubre.

Tengo que hablar ahora del triste viaje de la nao *San Gerónimo*, que salió de Acapulco el 1.º de Mayo de 1566 para llevar á Legazpi la noticia de la llegada del *San Pedro* á las costas de Nueva España. Iba por capitán Pero Sánchez Pericón, y por piloto el malvado Lope Martín, el cual rehuía presentarse ante su antiguo General, temeroso del castigo: así todos sus esfuerzos se dirigieron á buscar otras islas, en vez de ir á las Filipinas, ponderando las riquezas de la China y del Japón. Concertado con otros, asesinaron al capitán el 3 de Junio, y luego hubo multitud de muertes y atropellos, hasta que, sobreponiéndose una parte de la tripulación, se apoderó

del buque y dejó el 21 de Julio abandonados, en un grupo de isletas, á dicho Lope Martín con trece soldados y otros tantos marineros de los que le auxiliaron hasta el último momento. Pero sin ocuparme más de tan horribles detalles, señalaré solamente los descubrimientos de islas debidos á esta expedición. El 29 de Junio, llegaron á un grupo de 17 pequeñas y bajas; el 1.º de Julio á otro de más de 20, mayores y menores, y el 3 á una cordillera de islas semejantes, sin que conste si les dieron nombres, y existiendo vaguedad en la designación, aunque puede reconocerse que todas pertenecen al archipiélago Marshall. Bastante lejos de las anteriores, se vieron, en la noche del 6 al 7 de Julio, cercados de islas y arrecifes por todas partes, penetrando por un canal muy estrecho en una extensa bahía ó lago y en medio de aquellos. Aunque hay alguna diferencia en la latitud observada, que no sabemos con qué exactitud pudo tomarse ó apuntarse luego, dadas las circunstancias, los detalles de la descripción corresponden al extenso atolón de *Namonuito*, el que más se acerca también á la situación indicada. Aquí fué donde quedaron abandonados Lope Martín y sus secuaces, y el *San Gerónimo*, á cargo del contramaestre Rodrigo del Angle, se dirigió hacia las islas de los *Ladrones*, llegando el 4 de Agosto á la de *Zarpana* ó Rota, y pasando cerca de *Goan* ó Guaján. Sufrieron luego fuertes temporales que les hicieron cambiar varias veces su ruta, cuando se dirigían á las Filipinas; creyeron volver sobre las *Ladrones*, y aún reconocerlas el 13 de Setiembre, pero se trataba de islas mayores, que aparentaban tener un circuito de 70 leguas, y deben ser las *Pelíu*, las cuales rodearon un par de días sin poder abordar, avistando por último, en 1.º de Octubre, las Filipinas y fondeando el día 4 en una de ellas, y el 15 en Zebú.

Generalmente se ha creído que Álvaro de Mendaña no llegó en su primer viaje al archipiélago de las Carolinas, porque se ha trazado su derrota desde las islas de Salomón para volver á Nueva España, marchando siempre al Este ó al Norte; pero hay muchos datos que indican no fué así, y que después de haber luchado con los vientos para seguir el primer rumbo, se

dejó ir hacia el Norte y Noroeste, llegando en mediados de Setiembre de 1567, á un grupo de isletas y bajos que se hallan en 8° 40' al Norte del Ecuador, al que dió nombre de los *Bajos de San Mateo*, reconociendo que estaban en el paraje de *Los Barbudos*, como se denominaba entonces á la parte Oriental del archipiélago Carolino. Los pormenores que las relaciones dan de aquel grupo parece se refieren al de *Namonuito*, y si así fuese, confirmarían más y más que en él debieron quedar abandonados Lope Martín y sus secuaces en el año anterior; sólo á las islas de *Maloelab* ó *Kaven*, al Este del archipiélago de Marshall, podrían corresponder también estos detalles, aunque no tan completamente, y más á Levante no hay islas á qué aplicarlos, prescindiendo de que estarían ya fuera de *Los Barbudos*.

Antes de llegar á *San Mateo*, y hallándose de 4 á 2° al Sur del Ecuador, vieron en el mar trozos de palma atados, leños quemados y otros indicios de proximidad de tierra, y esto confirma nuevamente que caminaban al Noroeste, próximos á la cadena de islas que prolonga las de Salomón y paralela también á las costas de Nueva Guinea, acercándose á las del Sudeste y Sur de las Carolinas, y pareciendo más probable que se dirigiesen á la de *Namonuito*. Después de tocar en las indicadas, y navegando al Norte y Nordeste, hallaron en 19° y un tercio, la pequeña isla que llamaron de *San Francisco*, fuera ya del archipiélago de que me ocupo.

Llego ya á los últimos descubrimientos que fueron hechos antiguamente en estos archipiélagos por el bien conocido Pedro Fernández de Quirós. En 1595, cuando iba de capitán y piloto mayor en el segundo viaje de Álvaro de Mendaña y después de muerto éste, reemplazándole como *Adelantada* su viuda doña Isabel Barreto, llegó el 24 de Diciembre á una isla que se hallaba en 6° largos, era de forma redonda, con 25 ó 30 leguas de circuito y presentaba las circunstancias, muy marcadas, de hallarse rodeada de arrecifes y de tener unas isletas bajas á 3 ó 4 leguas por el Oeste. Generalmente se ha creído que esta isla era una de las del grupo de *Ruc* ú *Hogoleu* y aún se ha dado al mismo el nombre de *Quirós* ó

Quirosa por tal motivo; pero todas las circunstancias concuerdan admirablemente con las de la isla *Bonebey*, que otros llaman *Ponapi*, *Puinipet* y aun *Falupet*, interpretando de distinta manera la pronunciación de los indígenas, y que se ha nombrado también de la *Ascensión*. Las isletas bajas son las que forman el pequeño grupo llamado *Andema* ó *Ant*. La expedición, reducida ya á una sola nave, pasó el 3 de Enero entre las de *Guan* y *Serpana* de las *Ladrones*, llegando á fondear en una de las Filipinas el 15, y en Cavite el 11 de Febrero de 1596.

El mismo Quirós, mandando ya otra expedición en 1606, después de haber abandonado las demás naves en la isla del *Espíritu Santo*, que creía parte del gran continente austral, y al encaminarse rectamente á Nueva España para asegurar las ventajas de su nuevo descubrimiento, avistó á alguna distancia, el 8 de Julio, una isla baja que tendría unas 6 leguas de bojeo y se hallaba en 3° 30' de latitud Norte: la llamó del *Buen viaje* y es la más septentrional del archipiélago de Gilbert, conocida hoy con el nombre de *Makin* que le dan los indígenas.

Resulta, pues, que desde el siglo xvi habían descubierto los españoles unas 33 ó 35 islas ó grupos de los 100 que componen en total las tres secciones de las Carolinas Occidentales, Centrales y Orientales, contando algunos de existencia ó situación dudosa, hallándose entre las descubiertas todas las islas más importantes, como son las de *Pelíu*, *Yap*, *Hogoleu*, *Bonebey* y *Ualán*: todo ello, sin contar los descubrimientos en las islas Marianas y Filipinas, de otras varias reconocidas en la zona septentrional de estas, y que figuran entre las *esporadas* ó dispersas, y los muy notables en las costas é inmediaciones de la Nueva Guinea. Entre las islas descubiertas, se hallan las más septentrionales y orientales del archipiélago de Marshall; las del Oeste y Sudoeste de las Palaos ó Carolinas Occidentales; las más meridionales del grupo central, y las que limitan el archipiélago Gilbert, de modo que todo el conjunto quedó perfectamente reconocido y limitado.

Debo llamar también la atención sobre la circunstancia de

que en las islas y grupos del archipiélago Marshall, que forman un total de 33, y que se creían las menos conocidas por los españoles, se descubrieron 17 en las primeras expediciones, es decir, más de la mitad, cuando Marshall, que ha tenido la gloria inmerecida de dejarle su nombre, solo estudió en 1788 unas ocho á lo sumo, y aun algunas vistas antes por nuestros compatriotas.

No se ha hecho mención de otras expediciones que tuvieron lugar en el mismo siglo xvi y que debieron descubrir otras islas cuyos nombres figuran en las relaciones ó mapas antiguos, porque he querido limitarme á los descubrimientos hechos por las que fueron enviadas expresamente á efectuar los de las *Indias ó Islas del Poniente*, como se llamaban á todas las que mediaban entre las Malucas, las Filipinas y las *Ladrones* hasta las de Salomón. Sólo debo decir que en 1581, el capitán Juan Ronquillo intentó buscar nueva derrota para América, partiendo de Filipinas y siguiendo las costas de Nueva Guinea; pero tuvo que retroceder sin conseguir su objeto.

En aquel siglo fueron muy pocos los navegantes extranjeros que visitaron los archipiélagos Carolinos, y además de Diego de la Rocha, ya nombrado, sólo puede citarse á Drake, que descubrió en 30 de Setiembre de 1579 unas isletas que se creen las de *Lamolaur-Ulú*, al Sur de la de *Yap*, y visitadas antes por los españoles.

Estudios científicos.—Además de los que se ejecutaron por los primeros navegantes ya nombrados, se efectuaron en los siglos posteriores otros que voy á reseñar muy ligeramente. El piloto Francisco Lazcano ó Lezcano descubrió en 1686 una isla á la que llamó *Carolina* en honor del monarca Carlos II, nombre que se ha aplicado después á todo el archipiélago, conociéndose antes más bien su parte Oriental con el de *Los Barbudos*, y la Occidental, con el de *Paus* ó mejor *Palaos*, debido, según dicen, á los barcos ó *páraos* que usan los naturales; pero más probablemente por los nombres de *Piliu*, *Paloo* y *Panlog* que daban al grupo que todavía conserva el nombre de *Peliu* ó *Palaos*. Otros dieron á la isla descubierta

por Lezcano el nombre de *San Bernabé*, y no pocos suponen que fueron varias las islas descubiertas, creyéndose generalmente que tomó nueva posesión de estos archipiélagos. Se duda también cuál fué la isla nombrada *Carolina*, juzgando unos que es la de *Farroilep* ó *Faraulep*, la más inmediata y al Sur de las Marianas, aunque parece poco probable por su escasa importancia; otros que la de *Bonebey*, á la que se llamaba *Falupet*, lo cual puede originar la confusión, y también pudiera ser la de *Hogoleu* ó *Ugulud*, como piensan varios, ó la de Yap, á la que se ha llamado muchas veces la *Gran Carolina*. Lo cierto es que aún subsiste la duda, y aunque volvió á ver la isla su mismo descubridor, se la buscó dos ó tres años más tarde por D. Alonso Soon sin encontrarla. Es bien curioso que se haya conservado el nombre de *Carolinas* á todo el archipiélago, prevaleciendo también sobre el de *Nuevas Filipinas*, que se le dió por algún tiempo. No lo es ménos que se hubiera perdido el recuerdo de los primeros descubrimientos en estos parajes, hasta el punto de que se consideró como otro nuevo el de algunas islas al Sur de las Marianas; á fines del siglo xvii se tenían ya noticias de 30 ó 40 de ellas que acababan de avistarse.

En 1712 D. Bernardo de Egoy visitó y reconoció más detalladamente las islas de *Ulevi* ó *Uluti*, llamadas algún tiempo de los *Garbanzos* y que se distinguieron también con el nombre de *Egoy*, y además las *Paleu* ó *Palaos* y la de *Sonrol* ó *Sonsorol*. D. Felipe Tompson reconoció detalladamente en 1773 las que llamó *Islas de la Pasión* y *Bajo Triste*, que corresponden á las de *Ngarik* ó *Ngatik* y *Oraluk*. D. Juan Bautista Mourelle hizo en 1780 algunas observaciones sobre la situación de las islas contiguas á *Pelíu* y reconoció las *Anacoretas*, llamadas de *Hombres-blancos* por Ortiz de Retes, y otras inmediatas. D. Fernando Quintano visitó en 1795 las islas que forman el grupo llamado *San Bartolomé* por Salazar. D. Juan Ibargoitia recorrió y situó en 1800 las *Pelíu* y también las *Anacoretas*, y en 1801 estudió con detalle la mal llamada antes *San Bartolomé*, y las de *Cata*, *Mártires* y *Anónima*, que corresponden á las de *Pulu-Sugc* ó isla *Suk*, *Puluot*

ó *Pulo-Hot*, *Tamatan* é islas contiguas, y á la de *Ulul*, la más Sudeste en el atolón de *Namonuito*. D. Juan Lafita reconoció, en 1802, otras islas llamadas también *Mártires*, *Matalotes* y *Catrican* ó *Catritan*, de cuya existencia dudaban muchos; D. Luís de Torres formó en 1804 el plano de las islas *Uleai* ó *Ulie* y D. Juan Bautista Monteverde estudió en 1806 otro grupo, al que dejó su nombre, y que los indígenas llaman *Nuguor* ó *Nukuor*, y la isla de *San Rafael*, entre los pequeños grupos de *Luasap* ó *Losap* y *Oraluk*.

Pudiera citar otros navegantes españoles de años anteriores ó posteriores; pero me he limitado á nombrar los que hicieron trabajos más importantes para el estudio de las diferentes islas y de sus verdaderas situaciones, debiendo añadir que era muy poco lo que se conocía de estos archipiélagos que no fuera debido á nuestros marinos, hasta principios del siglo actual. En éste adelantaron considerablemente su conocimiento las grandes expediciones francesas *al rededor del mundo*, dirigidas por Freycinet, Duperrey y Dumont d'Urville; las exploraciones de los rusos Kotzebue y Lutke y las de Wilkes ó sea de la expedición hidrográfica de los Estados-Unidos, sin contar los trabajos aislados de otros navegantes que han completado el estudio de muchas islas y grupos que eran desconocidos todavía hace pocos años. En realidad, Kotzebue en 1816 y 1825 es el que ha hecho mayores y mejores trabajos en el archipiélagos Marshall, así como Wilkes en 1841 en el de Gilbert, conservándose, sin embargo, los nombres de los dos marinos ingleses que los reconocieron mucho más ligeramente en 1788.

No estará de más añadir que los alemanes, que ahora nos disputan estos archipiélagos, sólo han mejorado en ellos los planos de la isla de *Yap* en 1871 y de las *Peliiu* en 1876, pero sus correcciones no son de gran importancia ni muy exactas, á juzgar por las declaraciones del capitán de fragata D. Emilio Butrón que mandaba nuestro crucero de guerra *Velasco* y visitó estas islas en Febrero y Marzo del presente año, el cual escribió una Memoria sobre dichas islas, que ha empezado á publicarse.

¡Qué diferencia entre las últimas exploraciones ó las de

otros extranjeros en épocas cercanas, y las que realizaron nuestros antiguos navegantes, surcando un mar desconocido y lleno de peligros é islas bajas, que son verdaderos escollos! Entonces sufrieron inclemencias, enfermedades y escaseces de todo género, y las traiciones de los indígenas que causaron un número considerable de bajas en nuestras tripulaciones, además de las producidas por la pérdida de muchas naves. Desconsolador es que un pueblo que se cuenta entre los civilizados, se atreva á intentar siquiera arrebatarnos unas islas poseídas á costa de tantos esfuerzos y sacrificios!

No se deben solamente á nuestros navegantes los descubrimientos, trabajos hidrográficos y descripciones que se han citado: nuestros misioneros han hecho y publicado, en el pasado siglo, muchas investigaciones importantes, hasta el punto de que casi todo lo que se conocía de las islas Carolinas, antes del actual, es debido á unos ó á otros. Prescindiendo de otros muchos escritos que permanecen inéditos, me bastará citar las noticias reunidas en 1697, y publicadas luego por el P. Pablo Clain, á consecuencia de haber llegado á la isla de Sámar unas embarcaciones con carolinos, en que se dan detalles de sus costumbres y se acompaña un curioso mapa del archipiélago occidental y de gran parte del central de las Carolinas; éste fué formado en vista de la figura marcada con piedras, mayores ó menores, por dichos isleños. Más notable es todavía, y de una exactitud sorprendente en situaciones, detalles y nombres, el que trazó el P. Juan Antonio Cantova en 1722, también publicado, en vista de los datos recogidos de otros carolinos que extraviados ó *desgaritados*, como se decía entonces, llegaron á la isla de Guaján en las Marianas. Tanto el mapa como la descripción que le acompañaba, con detalles de muchas islas, de sus habitantes, usos y costumbres son interesantísimos, y no lo son menos la relación y mapa de las islas de los *Garbanzos*, ó sean las de *Uluti*, llamadas de los *Reyes* por Saavedra, que envió el mismo P. Cantova, en 1731, hallándose al frente de la misión establecida en ellas.

Misiones y ocupación de las Carolinas.—Sintiendo prolon-

gar tanto esta conferencia y abusar de la paciencia de los oyentes, voy á tratar ahora del envío de misiones y ocupación de algunas de las islas Carolinas, pero antes hablaré de los hechos análogos en Marianas que prejuzgan y aseguran nuestros derechos en los archipiélagos contiguos. El Padre jesuita Diego Luis de Sanvítores tocó, en 1662, en las islas llamadas hasta entonces de los *Ladrones*, y á su gestión incesante fué debida la Real cédula de 24 de Junio de 1665, autorizando el establecimiento de misiones en ellas, facilitando todos los recursos necesarios, muy aumentados por los donativos de Nueva España y Filipinas, y consignando una suma anual de 10.000 pesos para atender á su sostenimiento. El plan era muy vasto, pues se trataba nada menos que de extender las misiones, no sólo á esta cadena de islas, sino á todas las que corren por el N. hasta el Japón y por el S. á las llamadas más tarde Carolinas, que ya iban conociéndose y descubriéndose en mayor número, y hasta llegar á las islas de Salomón y al Continente Austral señalado por Pedro Fernando de Quirós, reproduciéndose la relación de su viaje y del de Mendaña en el *Memorial* que se imprimió para promover esta cruzada. El 15 de Junio de 1668 llegó el P. Sanvítores á Guaján acompañado de 5 sacerdotes y 31 soldados con todos los recursos necesarios; él fué también quien asignó á estas islas el nombre de *Marianas*, que ha prevalecido, en honor de la Virgen y sobre todo por agradecimiento á la esposa de Felipe IV, María Ana de Austria, que había apoyado calurosamente sus demandas. En pocos años se bautizaron gran número de indígenas y se establecieron misiones en las trece islas principales, debiéndose muy principalmente á los esfuerzos de Sanvítores la sumisión de estas islas, que fué ya completa en 1699, aunque mucho antes, en 1672, había muerto asesinado el infatigable apóstol. Después han seguido ocupadas constantemente las islas Marianas, y puede decirse que nuestro verdadero dominio en estos archipiélagos data del año 1668.

Del mismo modo que la primera visita del P. Sanvítores decidió la ocupación de las Marianas, la llegada de algunas em-

barcaciones con indígenas de las Palaos y Carolinas, que fueron arrastradas por los temporales á las Filipinas ó á las mismas Marianas, motivó el envío de misiones á los grupos de islas contiguas á entrambas. En diversas ocasiones habían llegado á Mindanao ú otras islas dichos barcos, y por igual causa también habían sido arrastrados á las Palaos algunos con habitantes de las Filipinas, y así sucedió al que conducía una capilla de cantores que se trasladaba de un punto á otro en la isla de Sámar. Se tenían igualmente noticias de la existencia de las Palaos por el humo que se descubría, en días serenos, desde las montañas de Filipinas.

Uno de aquellos sucesos, tuvo lugar el 28 de Diciembre de 1696, arribando á la misma isla de Sámar, 30 indígenas, lo cual dió lugar á los escritos y gestiones de los Padres Andrés Serrano y Pablo Clain, el segundo citado antes. En 1697 y 98 se enviaron ya algunos buques con religiosos á las islas vecinas, y se hicieron activas gestiones con el Papa, el rey de Francia y el de España para que el último autorizase el envío de misiones á las Carolinas, lográndose al fin la Real cédula de 19 de Octubre de 1705, el señalamiento de los recursos necesarios para la empresa y de 2.000 pesos anuales para su sostenimiento. En 1708 salió un buque con 3 religiosos y 25 soldados que regresó después de tentativas inútiles, las cuales se repitieron sin éxito, hasta que en 1710 marchó nueva expedición con los 3 religiosos y 86 personas, entre ellas algunos carolinos. Llegaron primero á las islas *Sonsorol* que llamaron de *San Andrés*, y bajando á tierra dos Padres y 14 personas, quedaron allí, por marcha forzada del barco, el cual siguió al grupo de las Palaos; pero temporales le impidieron desembarcar, y también recoger después á los que quedaron abandonados en las primeras islas, haciéndose en diversas ocasiones y durante los diez años siguientes, varias tentativas para rescatarlos ó conocer su suerte, todas inútiles.

Otro barco de las islas Carolinas que se hallan al Sur de Guaján, el cual dirigiéndose á un grupo vecino fué á parar á aquella isla en 1721, decidió al P. Cantova, de quien he hablado también, á intentar el envío de misiones: la primera

tentativa tuvo lugar en el siguiente año, y después de otras infructuosas, logró al fin en el de 1731 pasar con otro misionero y 12 soldados á las islas *Ulevi* ó *Uluti* que llamó de *los Dolores*, para establecer en ellas la misión; pero al poco tiempo, después de obtener felices resultados y aun de extender sus trabajos á la vecina isla de *Yap*, fué asesinado, salvándose su compañero el P. Walter, que había salido en busca de nuevos auxilios para su establecimiento, y que más tarde fué á las mismas islas y á las inmediatas, consiguiendo sólo adquirir la certidumbre de la desgracia.

Relaciones con los carolinos.—Tan tristes resultados en las misiones paralizaron otros proyectos y aun interrumpieron, por algunos años, las relaciones que iban creándose entre los carolinos y las islas Filipinas, y con las Marianas muy especialmente, dejando de frecuentarlas sus embarcaciones por temor al castigo; pero se reanudaron aquellas poco tiempo después, y ya en los años de 1787, 1794, 1807 y 1814, así como en otros varios, llegaron numerosas expediciones, sin contar las que pueden haberse perdido; esto sucedió á una en que iban casi 1.000 indígenas, en 120 barquichuelos, que se dirigían en busca de asiento á otras islas, por haber crecido notablemente la población y escasear los recursos en las que ocupaban, salvándose sólo 10 de sus barcos. Casos ha habido también de emigrar de otras islas por hundimientos del suelo. A circunstancias análogas se debe el establecimiento de los carolinos en la isla de Saipán desde 1818: aquellos, después de solicitar el permiso, fueron transportados en barcos españoles y se les repartieron tierras en dicha isla, donde subsisten todavía sus descendientes ó compatriotas, así como en la de Tinián.

Desde entonces las relaciones de las Marianas con las Carolinas han sido anuales y constantes, y además del tráfico que hacen directamente nuestros barcos, se ha establecido otro por los barquichuelos indígenas, especialmente de las islas más cercanas, que no sólo cambian los efectos para su uso, sino que sirven de intermedios para llevar otros, y sobre todo cu-

chillos y machetes, hasta las islas de *Hogoleu* y aún á otras más distantes. Todo esto prueba que subsisten desde antiguo relaciones entre unos y otros archipiélagos, que acaso están más separados por el nombre que por la realidad, confirmándose nuevamente la unidad de nuestro dominio en todos ellos.

No son las Marianas, Palaos y Carolinas grupos separados y distantes, como, por ejemplo, las Baleares, las Canarias y las Antillas, sino fracciones de un archipiélago general formando varias cadenas de islas, y hay menor distancia desde la de Guaján, donde está la capital de la provincia, á algunas de las Palaos ó Carolinas centrales, que á las islas más septentrionales de la cadena de las Marianas.

Lo mismo sucede con las Filipinas, y también con ellas han sido frecuentes las relaciones del archipiélago cuya soberanía se intenta disputarnos, debiéndose precisamente á aquellas la introducción de la planta y del cultivo del *camote* en las islas vecinas, que hoy sirve de alimento muy principal á gran parte de su numerosa población.

Además de estos lazos, existen otros por la mezcla de las razas que ha tenido lugar en el largo período transcurrido desde el descubrimiento, y que empezó indudablemente por la estancia de las tripulaciones abandonadas, ó de los barcos perdidos en las Carolinas. Buena prueba de ello es que ya en 1543 saludaron á Villalobos con signos y frases españolas. Pocos años más tarde, al llegar el Adelantado Álvaro de Mendaña á las islas que llamó de *San Mateo*, hallaron en ellas cuerdas y un escoplo formado de un clavo, creyéndose desde entonces señal evidente de haber arribado nuestros compatriotas á aquellas islas, y juzgando que pudieron ser los 27 hombres del galeon *San Gerónimo*, que se dejaron abandonados el año de 1566. En la isla de *Bonebey*, bien próxima á aquella en que estos quedaron, se conserva la tradición, entre los indígenas, de haber llegado á ella hombres que sólo eran vulnerables por los ojos, lo cual se refería evidentemente á gentes que llevaban armaduras ó cotas de malla, y no pueden ser otros que los españoles. Se han encontrado además allí mone-

das antiguas con cuño español, un crucifijo y otros varios objetos, y se ven restos de construcciones regulares, muros levantados con grandes sillares, y también de explanaciones ó terraplenes hechos artificialmente, sin la menor duda; todo lo cual se atribuye á la permanencia de los españoles. Construcciones análogas se conservan en la isla de *Ualán*, con la circunstancia muy notable de que se ven principalmente en la pequeña isleta *Lela*, contigua á la principal, como si en ella se hubiesen establecido y atrincherado los llegados allí para ejercer su dominio sobre la isla grande, dominio que todavía subsiste en los que la ocupan actualmente.

Muchos han señalado el hecho de haberse visto, en varias islas, indígenas de ambos sexos con un tipo español muy marcado, y los mismos carolinos que arribaron á Guaján en 1721, y procedentes de las islas que están al Sur, indicaron que en algunas de las mismas existían mestizos españoles.

Si tan diversos hechos de prioridad en el descubrimiento, ó toma antigua de posesión, ocupación temporal de algunas islas, bulas pontificias y reales cédulas que las autorizaron y relaciones de todo género con los habitantes no bastasen á demostrar los derechos á nuestra soberanía, podría añadirse también el concierto ó capitulación hecho en 1529 entre el Emperador Carlos V y el Rey de Portugal, sobre cesión del *Maluco*.

Acuerdos y actos para nueva ocupación.—Hay además nuevos hechos que confirman nuestra soberanía y que hacen menos disculpable el atropello con que se nos amenaza. Desde hace muchos años han venido haciéndose gestiones por los indígenas de la isla de *Yap* y otras contiguas, para que España establezca en ellas una autoridad que los liberte de las rapiñas de algunos traficantes: en 1882 las reclamaciones llegaron al capitán general de Filipinas y, hecho singular, estas gestiones fueron apoyadas por los comerciantes extranjeros residentes en *Yap* y por los mismos alemanes cuyos derechos invoca ahora su Gobierno, los cuales empezaron también, según se asegura, por solicitar el permiso de las autoridades españolas antes de establecerse allí. Las últimas instancias, motiva-

ron el viaje de nuestro vapor de guerra *Velasco*, en Febrero del corriente año, á la misma isla de *Yap* y á las de *Pelíu* para informarse detenidamente de las disposiciones de los indígenas y residentes, y de los medios de llevar á cabo la ocupación efectiva. En este viaje, cuyos pormenores acaban de publicarse, se confirmaron plenamente los deseos de los habitantes de *Yap*, reconociéndose también, en acta levantada en *Pelíu*, la indiscutible soberanía de España. Los reyezuelos de las últimas islas recibieron nuestra bandera y se comprometieron á sostenerla. Nuestros gobernantes decidieron entonces el establecimiento de un gobierno político-militar para las Carolinas y Palaos con residencia en *Yap*, y procediendo con lealtad completa, como quien está seguro de sus derechos, anunciaron sus propósitos desde los primeros meses de este año. El gobernador general de Filipinas publicó en Marzo el decreto correspondiente, disponiendo el envío de jefe, oficiales, soldados y misioneros, señalando las atribuciones de todos y los sueldos y gastos para la instalación y sostenimiento. Las Cortes discutieron, desde el de Mayo último, estas cuestiones y aprobaron los créditos necesarios para dicho fin.

Después de todo esto y cuando el acto de ocupación, que nadie tenía derecho á exigirnos, iba á completar el dominio indudable con el efectivo, es cuando Alemania, la nación que blasonaba de amiga, que no podía dudar de estos antecedentes, porque allí ni los hombres de gobierno ni el público viven, como entre nosotros, ignorantes de la geografía y de los sucesos, se decide á arrebatarnos las Carolinas, anunciando sus propósitos de *protectorado*, después de haber dado órdenes secretas para la ocupación precisamente de la misma isla de *Yap*, donde nosotros habíamos decidido establecer el centro para la gobernación de aquellos territorios. No quiero hacer las calificaciones que merece tal conducta: basta con la exposición del hecho.

Consignación constante de nuestra soberanía.—Nosotros hemos declarado constantemente nuestra soberanía en las Palaos y las Carolinas, lo mismo que en las Marianas; los

tres grupos han formado una sola provincia, y así se ha consignado en nuestros mapas y publicaciones de todo género, empezando por las oficiales y concluyendo por los tratados más elementales de geografía: en ninguno de éstos han dejado de citarse dichas islas, cuando á veces se prescindía de otros territorios que nos pertenecen igualmente. Ninguna nación ha discutido lo que es indiscutible, pues las reclamaciones hechas en 1875 por Alemania é Inglaterra se referían principalmente á protestar del pago de derechos ó de otras formalidades en territorios donde no hay ocupación efectiva, pero sin negar en absoluto nuestra soberanía en ellos.

En muchos tratados de geografía y en mapas extranjeros, se ha señalado también nuestro dominio en las Carolinas, con más razón por cierto que el de otras anexiones más recientes y nominales de varias Potencias, y el hecho consta en las publicaciones de mayor crédito y circulación como el *Almanaque de Gotha* y los *Statesman's Year-Book's*, incluso los de 1885, debiendo añadir que en ellos se comprende la superficie y población de los tres grupos de las Carolinas; es decir, las Occidentales, del Centro y Orientales, lo mismo que se estableció en el *Anuario Estadístico de España de 1858* y en los sucesivos, publicación oficial hecha por la *Comisión de Estadística general del Reino*.

Ninguna otra nación ha ocupado hasta ahora, ni aun temporalmente, territorios pertenecientes á las Palaos ó Carolinas; sólo se han establecido algunas factorías en varias islas, especialmente en las Occidentales, y misiones protestantes anglo-americanas en las Orientales. Las últimas han progresado bastante, echando los primeros cimientos para la civilización de estos archipiélagos, siendo muy de sentir que no hayan imitado su ejemplo, ó más bien que no se hayan adelantado, las misiones católicas y en especial las españolas, lo cual no hubiera sido difícil de lograr si se hubieran hecho algunos esfuerzos en ese sentido, dirigiendo á estos territorios los recursos y los celosos misioneros que han ido á establecerse en el Tonkín, en la Australia ó en otras regiones, sin ventajas conocidas para la madre patria. Las misiones anglo-

americanas se han establecido principalmente en los archipiélagos de Gilbert y Marshall, teniendo su centro en el grupo de *Ebon*, que se halla entre ambos, y extendiendo su influencia á las Carolinas Centrales, especialmente á las del Este, y entre ellas á las islas de *Ualán* y *Bonebey* llegando hasta la de *Ruc*, en el medio de dicha sección. Con un corto número de misioneros, y cuidando no sólo de la predicación y de la enseñanza, sino de fomentar el cultivo y la industria, han establecido un pequeño comercio, que se extiende hasta las islas de *Hauai*, logrando sostenerse y desarrollar, poco á poco sus trabajos, teniendo al presente algunas embarcaciones y un pequeño vapor, el *Morning Star* (Estrella de la mañana), para su servicio y sus relaciones comerciales. Estos son los ejemplos que nosotros debiéramos imitar, si queremos reunir á los indiscutibles títulos del derecho, los que crean siempre los beneficios de la civilización.

Á propósito de misiones, conviene citar también el hecho de que designó la *Propaganda Fide*, en 1881, una misión alemana para el archipiélago Carolino, y al llegar á Filipinas y ser recibida por los frailes españoles, estos les manifestaron su asombro de que se dirigieran á nuestros territorios. Habiéndose representando á Roma, dispuso la misma *Propaganda* que los sacerdotes alemanes marchasen á Nueva Guinea en vez de ir á las Carolinas.

Conveniencia de conservar nuestro dominio.—Pasando del derecho á la conveniencia de conservar nuestra dominación sobre estos archipiélagos, debo manifestar que hay muchas razones en su apoyo. Ya en las notas que acompañaban á mi mapa publicado en 1852, señalaba las ventajas que la ocupación de las islas de *Peliu*, *Yap*, *Ruc*, *Bonebey* y *Ualán*, sobre todo de las primeras y la última, por su situación especial, podría proporcionar para la navegación en estos mares. No se pensaba entonces en la apertura del canal de Panamá, que hoy podemos juzgar como un hecho seguro y próximo, y lo que antes era asunto de conveniencia, lo es hoy de necesidad y utilidad suma. Unos 157° de longitud á la

latitud media de 10° , y que equivalen á 17.000 km. en números redondos, separan el istmo de Panamá de las costas Orientales de nuestras Filipinas; en tan largo intervalo se hallan tendidas las islas Carolinas y Palaos de tal modo, que ocupando la isla de *Ualán* se reduce la distancia en 37° , ó sean unos 4.000 km., casi la cuarta parte, y estableciendo algún depósito en las islas, sobrado pequeñas, del archipiélago Gilbert, se acortarían otros 13° , es decir, 1.500 km. más próximamente, ó sea un tercio en conjunto, del trayecto total. Ya que no hemos sabido conservar ó adquirir después nuevamente algunas de las numerosas islas que descubrimos en estos mares, y más cercanas á las costas de América, no perdamos también las ventajas que poseemos. El establecimiento de puntos de depósito no es sólo ventajoso para las relaciones entre nuestras Antillas y las Filipinas, sino que debemos contar muy principalmente con el interés de las naciones hispano-americanas, que no podemos considerar como extrañas á la madre patria á quien debieron la vida. La situación del grupo de *Pelíu*, que se halla en un canal libre de islas bajas y escollos, no es sólo importante como intermedia entre las Filipinas y las Marianas, sino también como punto de escala muy interesante para la Australia, la Nueva-Guinea y los archipiélagos asiáticos con el Japón y la China. También las islas de *Ualán* y *Bonebey* se hallan en otro canal despejado y que puede ser paso importante entre el mismo Japón, los archipiélagos de la Polinesia y las partes más meridionales de la América del Sur. En cuanto á las islas Marianas, no sólo la de Guaján sino algunas otras, han de ser puntos de escala de los más importantes del Pacífico, cuando se desarrolle allí más el comercio con la apertura del canal de Panamá, como lo fueron para los galeones de Acapulco en su navegación á Filipinas.

Además de estas ventajas generales, pueden lograrse otras muy notables con la ocupación de algunas de las Carolinas, siendo fácil establecer entre ellas, las Marianas y las Filipinas, un comercio de no escasa importancia y que podría considerarse como de cabotaje, sostenido por algunos vapores peque-

ños que recorriesen todas las islas y recogiesen los productos acumulados en ellas. La población que abunda con exceso en varios grupos, podría establecerse ventajosamente en las Marianas, donde sólo había 8.665 almas según el censo de 1877, porque estas islas son susceptibles de albergar una cifra mucho mayor y seguramente 100.000 habitantes, por lo menos. Desde 50.000 á 100.000, se supone que existían en ellas en la época de nuestra ocupación, y aun algunos llegan á contar una población de 300.000 almas, evidentemente exajerada. Las primeras cifras se comprueban por el número de 30.000 indígenas bautizados en los primeros años, y sabido es que entonces estaban pobladas casi todas las islas, cuando hoy sólo lo están las cuatro más meridionales, y las del N., que se conocían antes con el nombre general de *Gani*, se hallan desiertas.

Para juzgar con más acierto sobre lo que acabo de decir, voy á presentar el cuadro de la población de estos archipiélagos, según los datos más seguros y recientes. En la sección de las Palaos ó Carolinas Occidentales, que prolongan al Sudoeste la cadena de las Marianas, y la enlazan con las Filipinas y las Molucas, se cuentan de 2.000 á 4.000 y hasta 10.000 almas, según varios autores, para el solo grupo de *Pelíu*, aunque los datos recientes de nuestro vapor *Velasco* las reducen á 1.200; en la isla de *Yap* se calculan también de 2.000 á 3.000; otros datos modernos le asignan 8 á 10.000 aunque los del *Velasco*, las limitan á 1.200, creyendo algunos que en las otras islas más pequeñas de la sección, sólo hay otros 1.200 habitantes, al paso que los más, y probablemente con mayor razón, los aumentan hasta 5.000. Así el total de las Carolinas Occidentales fluctúa entre las cifras extremas de 3.600 y 25.000 almas.

En las islas *Ruc* ú *Hogoleu*, las menos conocidas de la sección central, se supone que existen, cuando menos, de 5.000 á 10.000 habitantes y no falta quien les atribuya hasta 25 ó 35.000. A *Bonebey* se le asignan generalmente de 5 á 6.000 y de 600 á 1.000 á *Ualán*, aunque parece contaba con 2.000 hace pocos años. Los demás grupos de pequeñas islas en las Carolinas Centrales, algunos muy poblados, se calcula, según diver-

esos autores, que tendrán, cuando menos 4.800 almas, y algunos les dan hasta 20.000, de suerte que esta segunda subdivisión, reúne un total de 15.400 á 63.000 habitantes.

A la cadena de islas *Ralik*, nombre que quiere decir occidental en el dialecto de los indígenas, y que es parte del archipiélago Marshall, se le atribuyen 4.700 almas y 5.800 á la de *Radac*, que significa oriental: por último, se asignan de 47.500 á 54.000 al archipiélago Gilbert, de suerte que la subdivisión de las Carolinas Orientales reunirá en total de 58.000 á 64.500.

El conjunto de las tres secciones varía, por lo tanto, entre las cifras de 77.000 y 152.500, pudiendo considerarse como muy aproximada á la verdad una población de 100.000 almas, cuando menos, sin hallar imposible que alcance á la cifra mayor. Es un hecho muy notable el de que justamente las islas orientales, todas bajas y de cortísima superficie, sean las más pobladas. La mayor parte de ellas son isletas que no llegan á tener 1 km. de diámetro, ligadas unas á otras por arrecifes, y formando *atolones* con un lago central, y aun las que ocupan mayor parte de los arrecifes presentando una longitud de varios kilómetros, no tienen tampoco ni uno de ancho.

La superficie total de las tres secciones de las Carolinas, es solamente de 2.281 km²., la de una de nuestras menores provincias españolas (1.885 mide Guipúzcoa y 2.198 la de Vizcaya): la isla mayor que es la de *Babelduap*, en el grupo de las *Peliiu* ó Palaos, tiene 780 km., muy poco más que la de Menorca en las Baleares, y las de *Bonebey* y *Ualán* sólo tienen 370 y 120 respectivamente, un quinto más, la última, de los que cuenta Formentera. Pero la importancia de las posesiones no se aprecia por la extensión superficial: escasa es la que tienen algunas islas de producción muy grande, y pequeños son Gibraltar, Malta, Perim y otros muchos puntos ocupados por naciones extranjeras, y sin embargo, su valor es inmenso.

Aún considerando la población de las Carolinas reducida á 100.000 almas, su densidad es muy considerable, pues llega á 44 habitantes por kilómetro cuadrado, cuando en España el término medio es sólo de 33.

Además de los recursos que ofrece, desde luego, para el co-

mercio un número de almas ya importante, debo presentar los elementos que existen en las islas. Sus principales artículos de exportación son el carey, balate, aceite de coco y la *cobra* ó almendra seca del mismo, que se cambian por tabaco, telas, hierro, armas, herramientas y otros ebjetos: podría contarse además con nuevos productos de la pesca ó de la agricultura, porque hay variedades del coco y de otras plantas que darían lugar á transacciones ventajosas. Para que pueda juzgarse de la cuantía de algunos productos, diré que un solo buque español cargó, hace pocos años, en la isla de *Yap* más de 50 toneladas de balate, valuadas en unas 200.000 pesetas. En las *Peliu* se recogen mayores cantidades y en la misma *Yap*, según los datos publicados por el comandante del vapor *Velasco*, se exportan anualmente unas 1.500 t. de *copra*, habiendo llegado á la isla en 1884, 23 buques con unas 4.500 t. y 5 en los meses de Enero y Febrero del año actual con 1.081. Sólo de cuatro grupos del S. en el archipiélago Marshall, se exportan anualmente de 600 á 700 t. de *copra*. También de las islas de *Peliu*, *Bonebey* y *Ualán* se extraen notables cantidades de concha-carey, aunque no tan considerables.

Evidentemente algunas casas de comercio establecidas en las islas citadas ó en otras, con su centro y apoyo en las Marianas, podrían realizar grandes ventajas, estableciéndose un tráfico de los más productivos.

Las islas Marianas con las tres secciones en que se consideran divididas las Carolinas, constituyen el conjunto de la parte de la Oceania llamada *Micronesia*, nombre, por cierto muy conforme con el tamaño, relativamente pequeño, de las islas que comprende, aunque pudiera aplicarse con igual razón á la subdivisión nombrada *Polinesia*: verdad es que algunos geógrafos reúnen estas dos subdivisiones en una sola. Otros agregan á la Micronesia los pequeños archipiélagos, ó más bien islas *esporadas* ó dispersas, que hay al Norte de nuestras posesiones, y por cierto que también podríamos presentar títulos muy valederos á nuestra soberanía en ellas. Los grupos de los *Volcanes* y de *Bonín*, que se extienden hacia el Japón, fueron descubiertos en 1543 por Bernardo de la Torre,

uno de los que acompañaron á Villalobos, y también se descubrieron por nuestros navegantes la mayor parte de las islas que hay al Norte, Nordeste y Este de las Marianas, en las travesías desde las Filipinas á Nueva España. Algunos han pretendido llamar á las islas señaladas más al Occidente, archipiélago de *Magallanes*, y otros de *Gaspar Rico* á las más orientales, que algunos denominan hoy archipiélago de *Anson*, pero conviene advertir que ninguno de estos tres navegantes avistaron nuevas islas en dichas regiones, y que tales nombres están bien poco justificados.

Respecto de las islas *Bonín* que han sido ocupadas en los últimos años por los anglo-americanos y los japoneses, debo decir que también podíamos alegar otros derechos, porque eran de raza española, como hijos de habitantes de las Marianas, los que dominaban hace pocos años en aquellas islas; pero su ocupación, así como la de los Volcanes, no nos traería ventajas, por hallarse muy próximos á las Marianas ambos grupos para constituir una nueva escala conveniente.

Yo creo que en estos territorios deberíamos constituir un *Gobierno General* que se llamara de la *Micronesia* y funcionase con mayor ó menor independencia de las islas Filipinas, teniendo siempre su cabeza en la isla de Guaján, la principal de las Marianas. Podrían establecerse subgobiernos en otras islas de los grupos de las Palaos y Carolinas, sobre todo en las que dan nombre al primero, bien en *Babeldzuap*, que es la isla mayor y más importante, bien en alguna de las otras que ofreciesen mejores condiciones para asegurar nuestra soberanía y desarrollar el comercio. Otro debería instalarse en la isla de *Ualán* ó en la de *Bonebey*, y tal vez fuera conveniente crearlos en ambas. A las otras islas altas y notables como la de *Yap* y *Hogoleu*, y tal vez á algunas de las bajas, que fuesen importantes por su situación para el porvenir, bastaría enviar pequeños destacamentos y misiones que, á ejemplo de las extranjeras, no se limitaran á la instrucción religiosa, sino que promovieran la enseñanza, y sobre todo los conocimientos de la agricultura y de la industria, entre los naturales, para desarrollar la producción y el comercio.

De esperar es que el celo religioso de nuestros compatriotas y el de las órdenes monásticas establecidas en Filipinas, que tanto han favorecido la conquista y desarrollo de aquel rico archipiélago, contribuyan con elementos y recursos suficientes para llevar á cabo la última parte del programa, compitiendo así con las misiones protestantes establecidas ya en gran parte de estos territorios españoles, con mengua de nuestro prestigio, de la religión que profesamos y de los intereses de España.

Abusando de la paciencia de los que me escuchan, he llegado al fin de esta conferencia, presentando los datos históricos, geográficos y estadísticos que he creído más importantes para el conocimiento de la cuestión que nos ocupa; pero no terminaré sin decir que estos datos los presento exclusivamente para vuestro estudio y mirando al objeto principal de los trabajos de la Sociedad Geográfica.

Ante los alemanes que no pueden alegar otros derechos que los de su voluntad y de la fuerza, debemos oponer solamente nuestra energía y el firmísimo propósito de conservar la integridad de nuestros territorios y la honra nacional.

He dicho.

NOTAS.

Para completar los datos expuestos, ha parecido oportuno hacer una reseña detallada de las diferentes islas descubiertas, en esta región, por los primeros navegantes españoles, expresando los documentos ó autores que hablan de ellas, reuniendo todos los pormenores que dan de cada una, y señalando la correspondencia con las islas ó grupos que se conocen por los mapas y trabajos más modernos. Se ha puesto relación numerada de todos los manuscritos y principales libros ó atlas consultados, y en el mapa que acompaña van marcadas, con tinta roja, las denominaciones dadas primero y las fechas del descubrimiento; se distinguen con el del navegante ó buque que las avistó, aquellas en que no constan los nombres que les atribuyeron.

Las correspondencias de las islas descubiertas primero con las hoy conocidas, varían mucho de las marcadas en las publicaciones de mayor crédito, y de las que el mismo autor de estas *Notas* había señalado en su mapa de Marianas, Palaos y Carolinas, en vista de los datos que entonces se conocían.

Estas noticias se han extendido además á las islas Marianas, á otras varias de las Carolinas y á las costas de Nueva-Guinea, en la parte que se refiere á las expediciones analizadas en la Conferencia.

Las leguas contadas en las antiguas relaciones, son generalmente de $17 \frac{1}{2}$ en grado, aunque dado lo imperfecto de los medios de observación, sólo puedan considerarse como aproximadas las distancias.

Isla de San Bartolomé, descubierta por Toribio Alonso de Salazar en 1526.—Llegaron á menos de una legua de ella el

22 de Agosto sin hallar fondo, pareciéndoles grande, y observaron cerca de la costa del S., latitud de 14° 2' N. En la misma parte del Sur, las puntas del E. y O., corren de E-NE. á O-SO., distantes 10 leguas, y desde la punta del SE. á otra que está al NO., se corren unas 9 leguas, NO.-SE. con $\frac{1}{4}$ al N.; dentro de la isla, á la parte O., existía una gran laguna con agua muy verde, y al E. de ella había grandes árboles: no surgieron en la isla. Estos detalles son del *Derrotero* de Hernando de la Torre, publicado en la *Colección de los Viajes y Descubrimientos* de D. Martín Fernández de Navarrete (núm. 87); Fernández de Oviedo (núm. 39); Herrera en su III Década (núm. 43); Fernández del Pulgar (núm. 34), y otros, dicen que la descubrieron el 13 de Setiembre y que la isla era alta y montañosa por el lado de donde la vieron, lo cual no sabemos de donde pudierou tomarlo. Evidentemente, la isla que denominaron *Sanct Bartholomé* es la que los indígenas nombran *Taonqui*, y que ha venido llamándose de *Gaspar-Rico* sin la menor razón, porque el piloto de este nombre, que iba en la expedición de Ruy López de Villalobos, no visitó esos parajes á la ida, ni tampoco los alcanzó al volver con Bernardo de la Torre cuando intentaron regresar á Nueva España. Don Fernando Quintano reconoció este grupo el 16 de Marzo de 1796, y halló que la latitud de la parte meridional era de 14° 31' presentándose varias isletas de diferentes tamaños unidas por arrecifes, en extensión de unas 6 leguas de N-NE á S-SO., viéndose principalmente cinco islas bajas. La descripción está también de acuerdo con la hecha por navegantes extranjeros que la han visitado más recientemente.

Islas descubiertas por Álvaro de Saavedra en 1528 y 1529.— Después de haber avistado el 29 de Diciembre de 1527, las islas *Ladrones*, sin fondear en ellas y de caminar al SO., llegaron el 1.º de Enero de 1528 á una isla que tenía próximas otras dos más pequeñas, y todas bajas; corrieron 30 leguas á lo largo de ellas, viendo diez ó doce, aunque había muchas más. El día 3 pasaron á otra isla distante 4 leguas de la primera, y también fondearon como en aquella. Bajó el Maes-

tre de Campo con quince hombres á tomar posesión por la Corona de Castilla, según consta en las relaciones originales y en varios autores. Saavedra saltó también en tierra el 4, y luego vieron otro grupo de islas semejantes y una mayor y más alta, volteando tres días entre ellas y haciendo aguada. Las relaciones no expresan claramente si llegaron á la isla alta: permanecieron aquí hasta el día 8. Las isletas estaban pobladas, en su mayor parte, y la gente era alta y morena con cabellos largos, cubriéndose el cuerpo con unas esterillas finas que brillaban como el oro; los hombres llevaban barbas como los españoles, y unas varas *tostadas* por armas, teniendo también grandes barcos con velas. En una isla de una legua de bojeo, tomaron agua y leña; estaba despoblada, pero á 3 leguas de ella había otra poblada.

Observaron la latitud de 11°; aunque debe ser equivocación, porque datos de las navegaciones posteriores hablan de 9 y 10°, y la isleta más septentrional de estos grupos, que son evidentemente los de *Ulevi*, *Uluti* ó *Uluthi*, se halla en 10° 6'. Saavedra las llamó de *los Reyes* por estar en ellas el día de esta fiesta, y Antonio Galvaõ (núm. 40) supone que son las mismas de *Gómez de Sequeira*.

Á fin del verano ó en el otoño de 1528, pues las relaciones incompletas de este viaje no señalan la fecha, y faltan en ellas algunas hojas y muchos detalles, llegó Saavedra, después de tocar en las Molucas y en las islas de los *Pápuas*, á unas pobladas de hombres blancos y barbudos, que se acercaron á su nave amenazando tirar piedras con hondas. Sólo dicen que estaban en altura de 7°, á 250 leguas de la última de los *Pápuas*, en que tocaron, que se supone es la del Almirantazgo. La distancia correspondería mejor á la isla de *Bonebey* ó *Ponapi*, pero esta es una sola isla y no varias, por lo cual parece deben ser las de *Truk*, *Ruc* ú *Hogoleu*, que los indígenas han llamado alguna vez *Torres*, en las relaciones que dieron á los Padres Clain y Cantova. Las últimas se hallan mas bien en la latitud de 7°, pues la de *Bonebey* apenas llega á ella, y además conviene mejor con *Hogoleu* la derrota al N-NO. que siguieron luego para alcanzar á las *Ladrones*. No consta si pusieron

nombre á estas islas, aunque es probable lo hicieran: algunos suponen que las llamaron de los *Barbudos*.

El 14 de Setiembre de 1529, después de salir otra vez de Tidore, de tocar también en la isla del Almirantazgo y de seguir al E-NE., llegaron cerca de una isla que estaba en seis (*sis* pone el original) grados N. y á 700 leguas E., tocando al NE., del *Maluco*, pareciendo que el navío había hurtado en longitud 100 leguas al E. Así dice la relación de Francisco Granado, y parece casi seguro que esta isla corresponda á la de *Ualán* ó *Kusaie*, aunque dista sólo 600 leguas de las Molucas. No expresa el texto que sea alta, pero lo hace comprender al indicar que el 17 tenían la isla á 12 leguas al O., y además en las islas siguientes, advierte que son bajas. La relación de Vicencio de Nápoles varía bastante, pues dice que á 250 leguas al E-NE. de la anterior, la del Almirantazgo, hallaron cinco islas pequeñas; la una tenía cuatro leguas y las otras á legua cada una: que estaban pobladas de gente morena, los hombres barbudos y con unos *manteles* de palma: que salieron en un párao cuatro ó cinco indios, y uno de ellos arrojó una piedra con tal fuerza que hendió una de las tablas de la nave, la cual continuó su viaje. Añade que las islas se hallaban en 7°, distando 1.000 leguas del *Maluco* y otras tantas de Nueva España, en lo cual hay error evidente, pues la segunda distancia es doble de la primera: la de 250 leguas desde la del Almirantazgo á *Ualán*, resulta corta. La latitud del centro de la segunda isla es de 5° 20', aproximándose más á los 6° que señala el primer documento. Probablemente al designar Vicencio otras cuatro islas, sería por confusión con las del grupo siguiente que suprime: podría referirse acaso á islas inmediatas á *Ualán*, como son las de *Tugulu* ó *Pinguelap* y *Aura* ó *Mokil*, pero no parece probable por hallarse estas algo distantes y al NO., cuando la derrota siguió al E.: más fácil sería que se tratara del arrecife ó isletas Indiana, que corresponden tal vez á las islas *Taroa*, cuya existencia es dudosa, porque estas, aunque distantes también, se hallan en la línea desde las del Almirantazgo á *Ualán*.

Según la relación de Granado, el día 21 estuvieron en cal-

ma sobre tres isleos bajos, y el 22, siguiendo en calma, observaron la latitud de $9 \frac{1}{2}^{\circ}$ N. Por la derrota desde la isla anterior, que suponemos *Ualán*, resulta que corrieron 73 leguas al NE., y tales datos hacen creer que las isletas vistas corresponden al grupo *Uyae*, que dista muy poco más.

El 1.º de Octubre llegaron á otras tres islas bajas, que estaban en $11 \frac{1}{2}^{\circ}$ N., y surgieron en ellas. La derrota, desde las anteriores, da 65 leguas, también al NE. Esto resulta del documento de Granado; el de Vicencio, después de hablar de las cinco islas citadas antes, dice que corrieron 80 leguas al NE. y hallaron otras *islas bajas*, surgiendo en una y *alzaron una bandera*, lo cual da á entender que tomaron posesión de ella. Acudieron los indígenas en páraos, entrando en el navío, y hallándose entre ellos una mujer que parecía hechicera; luego bajaron todos á tierra, incluso el Capitán. Los habitantes eran blancos, pintados los brazos y cuerpo; las mujeres hermosas, con cabellos negros y largos, cubierto el cuerpo con esteras muy finas; salieron con atambores y cantando, y los hombres llevaban por armas varas tostadas, y habría hasta 1.000 habitantes. Tenían grandes casas cubiertas de palma, y se alimentaban con pescado y cocos. La isla mediría una legua, y había otra á tres leguas. Allí permanecieron ocho días por estar indispuerto Saavedra, que falleció poco después, y los indígenas les dieron 2.000 cocos y toda clase de señales de amistad. Dice que estas islas están en 11° N. Ya se comprende que desde la latitud de 6° y aún de 7° , no pueden recorrerse sólo 80 leguas al Nordeste para llegar á la de 11° , y esto confirma nuevamente el error ó confusión del segundo documento. A unas 70 leguas de las de *Uyae* y al NE., se hallan, en más de 11° , los grupos de *Tagai* ó *Taka* y *Udiric* ó *Utirik*, casi tocándose, que son seguramente los últimos visitados por Saavedra.

(Continuará.)

Longitud Oriental del Meridiano de Madrid

CARTA GENERAL

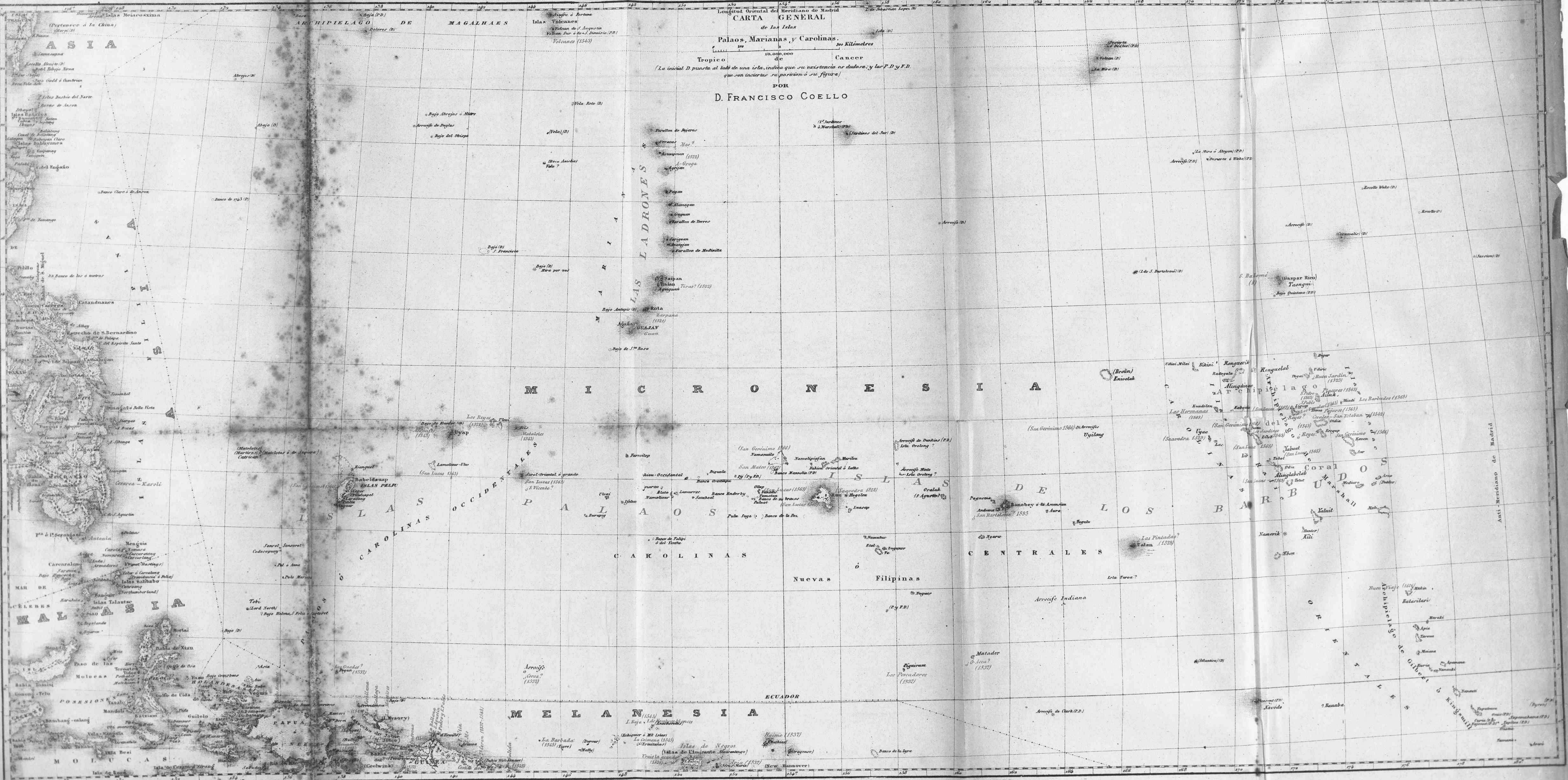
de las Islas

Palao, Marianas, y Carolinas.

Tropico de Cancer

(La inicial D puesta al lado de una isla, indica que su existencia es dudosa; y las P.D. y F.D. que son inciertas su posición o su figura)

por D. FRANCISCO COELLO



Est. V.º de Rodan, Madrid.

EXTRACTO
DE LAS
ACTAS DE LAS SESIONES

CELEBRADAS POR LA SOCIEDAD Y POR LA JUNTA DIRECTIVA.

JUNTA DIRECTIVA.

Sesión del 25 de Agosto de 1885.

Presidencia del Sr. Coello.

Abierta la sesión á las nueve y media de la mañana, con asistencia de los Sres. Rodríguez-Arroquia, Fernández Duro, Abella, Andía, Jiménez-Delgado, Suárez, Arce Mazón, Ferreiro y Motta, se leyó y fué aprobada el acta de la anterior.

Se leyeron comunicaciones:

Del Ministro de Ultramar, dando traslado á la Sociedad de una Real orden del Ministerio de Estado relativa á la súplica que la Sociedad Geográfica y la de Africanistas dirigieron al Gobierno de S. M., en solicitud de que éste amparase los derechos adquiridos en territorios del Golfo de Guinea por los viajeros Sres. Iradier y Ossorio. El Ministerio de Estado declara que es imposible juzgar de la validez de tales adquisiciones, ínterin no se presenten los contratos en que se apoyan. El Secretario general participó que de esta comunicación se había dado traslado á la Sociedad de Africanistas. El Sr. Coello puso en conocimiento de la Junta que dicha Sociedad remitió ya al Gobierno de S. M. los documentos que acreditaban las adquisiciones referidas.

De la Sociedad Geográfica de Lisboa, dando noticia del último viaje realizado por los Sres. Capello é Ivens en el interior del África, desde Mossamedes á Quillimane.

El Sr. Presidente participó que se había convocado á sesión extraordinaria de la Junta Directiva, con objeto de discutir y acordar la forma en que la Sociedad debía protestar de la usurpación de nuestros derechos en el archipiélago Carolino, intentada y acaso realizada por el Gobierno alemán. Propuso que se dirigiera al Gobierno una breve y razonada ex-

posición, declarando en ella la incondicional adhesión de la Sociedad Geográfica á toda medida que se acordara con el objeto de mantener la integridad de nuestra soberanía; que se diera una conferencia pública sobre dichas islas, y que en el caso de realizarse el *meeting* ó reunión que otras sociedades proyectan, tomara la nuestra parte muy principal en él. Añadió que recientemente había encontrado datos muy curiosos y poco conocidos que demuestran que casi todas las islas Carolinas fueron descubiertas por navegantes españoles, que estos y nuestros misioneros hicieron de ellas estudio científico muy exacto y completo, y que de algunas tomamos posesión real y efectiva.

El Sr. Arroquia aceptó con aplauso la idea de la conferencia, pero creía que pudiera prescindirse de la exposición al Gobierno, puesto que nada nuevo podría la Sociedad decir después de lo expuesto por la de Africanistas, y por otra parte, publicando la conferencia en el BOLETÍN, el Gobierno y el público tendrían cabal noticia de las opiniones de la Sociedad y de los hechos que importa conocer para la mejor defensa de nuestros derechos. Respecto al *meeting* opinó el Sr. Arroquia que debía por ahora prescindirse de él.

El Sr. Coello insistió en que convenía dirigir al Gobierno exposición, aunque muy breve; y propuso que se publicara con la conferencia un mapa de las islas Carolinas.

El Sr. Suárez indicó la conveniencia de que en el mapa figurasen las costas orientales de las islas Filipinas, y de que en la exposición se llamara la atención del Gobierno sobre la necesidad de aumentar las fuerzas militares y marítimas de dicho archipiélago.

El Sr. Arroquia apoyó las indicaciones del Sr. Suárez, hizo notar que ingleses y alemanes establecidos en Borneo, Nueva-Guinea, archipiélago Bismark, y ahora probablemente en algunas de las Carolinas, bloquean casi por completo el archipiélago Filipino, y que por consiguiente importa muchísimo adoptar cuantas disposiciones sean necesarias para garantizar nuestros derechos en aquel archipiélago y hacer frente de modo rápido y eficaz á peligros que en lo porvenir pudieran ofrecerse.

El Sr. Jiménez Delgado propuso que en la exposición se hiciera referencia á las ideas apuntadas por el Sr. Arroquia.

Considerando ya suficientemente discutido el asunto, acordó la Junta:

1.º Dirigir una exposición al Gobierno en los términos indicados. El Secretario general se encargó de redactar este documento.

2.º Adherirse al *meeting* ó reunión pública en el caso de que otras sociedades lo acordaran.

3.º Celebrar sesión extraordinaria pública el próximo jueves 27 á las

nueve de la noche, y que en esta sesión pronunciase el Sr. Coello la conferencia sobre las islas Carolinas.

Y se levantó la sesión á las once.

REUNIÓN EXTRAORDINARIA.

Sesión del 27 de Agosto de 1885.

Presidencia del Sr. Rodríguez-Arroquia.

Abierta la sesión á las nueve de la noche se leyó y fué aprobada el acta de la anterior.

El Secretario general leyó la siguiente proposición presentada por el socio D. Justo Zaragoza :

«Para prevenir las ocultaciones de la verdad y desconcertar de antemano las sutilezas diplomáticas de la cancillería alemana, con que intenta amenguar nuestro derecho á la posesión de los archipiélagos en cuyo descubrimiento alcanzó muerte gloriosa Magallanes, y en su exploración merecieron bien de la patria Saavedra, Villalobos, Lazcano y muchos otros de nuestros esforzados descubridores; la Sociedad geográfica de Madrid redactará en breve término exacta y concreta descripción de los grupos de islas nombradas Garbanzos ó Carolinas y Palaos, ilustradas con los antecedentes históricos de las expediciones españolas verificadas en ellas desde el siglo XVI hasta los días presentes, la cual se publicará en el primer número de su BOLETÍN, y remitirá, solicitando su inserción, á todos los periódicos y revistas de España y á las Sociedades científicas y literarias de Europa, á fin de que el mundo entero pueda dar nombre al acto desatentado que Alemania, ya mal aconsejada y olvidadiza de las condiciones de nuestro carácter, sueña en realizar.— Madrid 25 de Agosto de 1885.»

Esta proposición fué aprobada por unanimidad.

Se leyó una tarjeta postal del socio corresponsal D. Fernando Blumentritt, de Leitmeritz (Bohemia), anunciando los proyectos del Gobierno alemán sobre el archipiélago Carolino. Acordó la reunión que se le dieran gracias muy expresivas por el interés que mostraba en favor de los derechos de España sobre aquellas islas.

Acto seguido explanó el Sr. Coello la conferencia que se había anunciado acerca del descubrimiento, historia y descripción geográfica de las islas Carolinas y demostración de la soberanía de España en aquellas

tierras. Esta conferencia se publica íntegra en el BOLETÍN. Nutridos aplausos durante la conferencia y al terminar ésta mostraron la satisfacción y entusiasmo con que la Sociedad acogía las interesantes noticias y las ideas y opiniones expuestas por el Sr. Coello.

Y se levantó la sesión á las diez y media.

JUNTA DIRECTIVA.

Sesión del 31 de Agosto de 1885.

Presidencia del Sr. Coello.

Abierta la sesión á las nueve y media de la mañana se leyó y fué aprobada el acta de la anterior, estando presentes los Sres. Rodríguez-Arroquia, Abella, Botella, Andía y Ferreiro.

El Secretario general leyó la minuta de la exposición que la Sociedad iba á dirigir al Gobierno de S. M., con motivo de las pretensiones del Imperio alemán sobre las islas Carolinas.

Fué aprobada la minuta con ligeras variantes.

Acordó la Junta publicar en el BOLETÍN la última conferencia del Sr. Coello, con un mapa de las citadas islas.

A propuesta del Sr. Coello, se convino en modificar alguno de los términos de la proposición presentada por el Sr. Zaragoza, previo el beneplácito de su autor.

Y se levantó la sesión á las diez y media.

DON ALFONSO XII.

España contristada lamenta la muerte prematura del Rey á quien tenía adjudicado el hermoso título de *Pacificador*: la SOCIEDAD GEOGRÁFICA DE MADRID, sociedad española, se identifica con la patria en este sentimiento, como en todos; pero algo más que á la generalidad tiene que entristecerla el fin del monarca ilustrado que la honró inscribiendo su nombre entre los de los fundadores; que estimuló y protegió sus trabajos, la presidió en ocasiones solemnes y á su objetivo dedicó con repetición la poderosa iniciativa real.

Cuando en fiesta placentera se conmemoraba la gloria que dió á España Sebastián del Cano ciñendo por primera vez el orbe; cuando los que investigan el misterioso comienzo de los pueblos americanos se reunían en sabia asamblea; cuando en más íntima junta se deliberaba acerca de lo que al comercio y á la navegación nacional interesan determinadas cuestiones de urgente

desarrollo, D. Alfonso, con la respetabilidad de la presencia, con la elocuencia de la palabra, con el aliento del espíritu juvenil, el agrado de la frase, ó el agasajo de la ocasión, según correspondiera, iba siempre alentando todo lo noble, todo lo grande, todo lo patriótico.

Su nombre simpático queda estampado en las *Relaciones geográficas de Indias* (que inéditas se guardaban desde los tiempos de Felipe II) y en las *Actas del Congreso de Americanistas*, como quedará, aunque por desdicha no los firme, en los trabajos historico-geográficos iniciados y seguidos por su inspiración é influencia, en el arbitraje que determine los límites entre los Estados-Unidos de Venezuela y los de Colombia; como quedará también en considerable número de libros por manifestación elocuentísima de los beneficios de once años de tranquilidad en el movimiento intelectual y en la cultura.

Su nombre respetado se ha de ver en todos tiempos en las relaciones del viaje de exploración hecho á lo largo de las costas del Sus y del Sáhara; en los varios reconocimientos practicados más abajo con éxito; en los progresos de nuestras posesiones del Golfo de Guinea y en los que la sola designación de Paragua, Tavi-Tavi y Mindanao recuerdan.

Que mucho; en las vías férreas que han abreviado las comunicaciones con Portugal, Galicia, Salamanca, Huelva, Cuenca; en los taladros de las montañas; en los aéreos pasos que salvan pre-

cipicios; en los monumentos, estatuas, medallas; en tantas obras dirigidas al bienestar de los vivos ó á la fama de los muertos, queda fijo como en los mapas y en los planos.

Quiso D. Alfonso conocer en la realidad los estados que regía, y pocas son las provincias que no recorrió, mirando atentamente sus recursos y sus necesidades. Quiso imitar al emperador Carlos V en cuanto á sufrir mortificaciones y trabajos, y vivió con el soldado en la tienda, recibiendo con el marinero la tremenda sacudida de la tramontana del golfo de León y las rociadas del vendabal en el mar Cantábrico. Como el Emperador, quiso dejar huella en esa tierra vecina de Europa, y en el Otero de Ceuta la señaló, por otra memoria.

Si ninguna entre tantas prevaleciera, todavía del corazón del labrador arruinado por las avenidas, de la madre atribulada con la oscilación del suelo, del colérico que le vió á su lado en el hospital y del necesitado que le halló por doquiera, saldría lozana y calorosa, para que aquellos hombres reflexivos que en fiestas ó solemnidades observaron, cómo el Rey de España, maestro de la palabra, encontraba siempre ocasión de encarecer á los españoles las excelencias del trabajo, la graben en la Historia.

Descanse en paz D. Alfonso XII.

